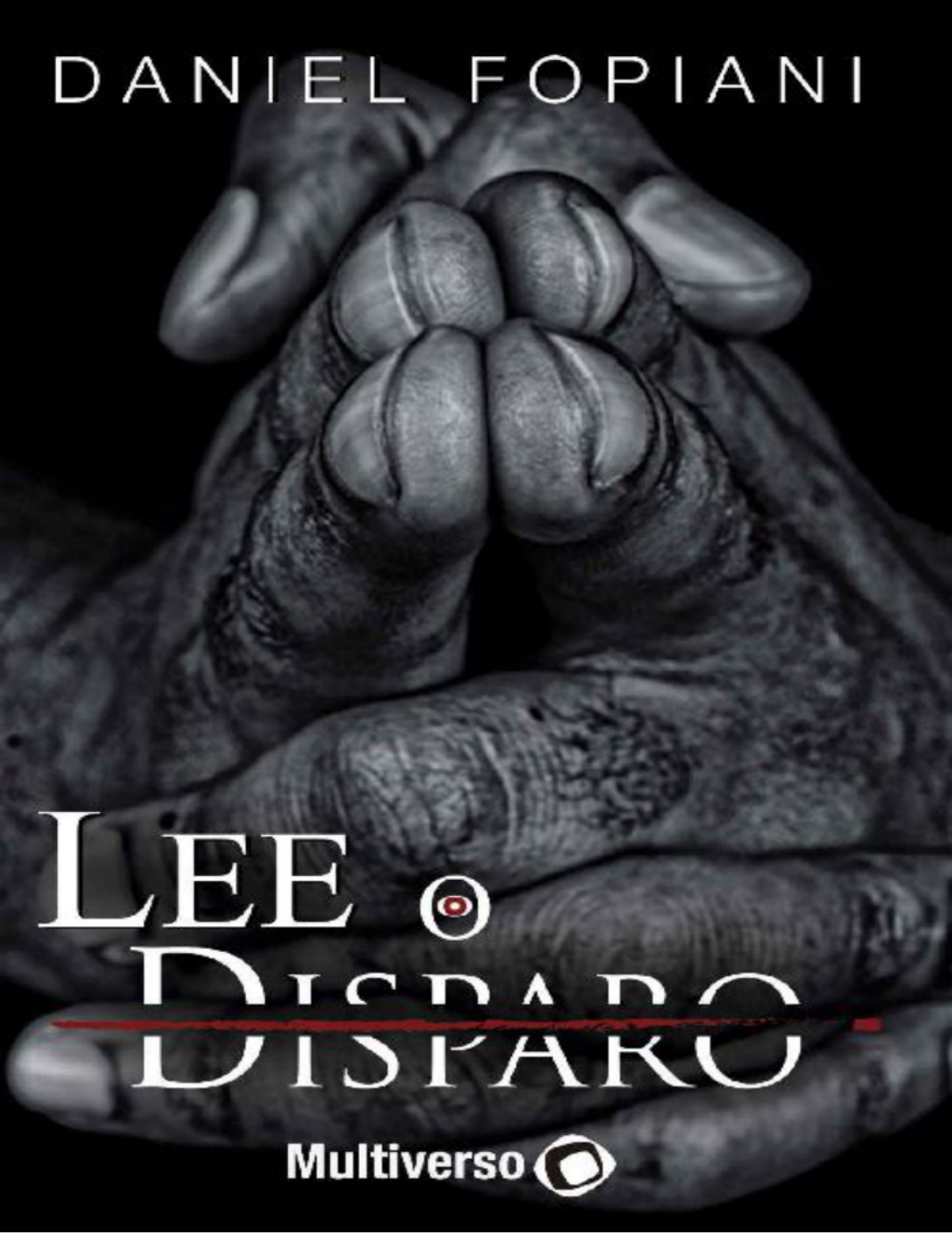
DANIEL FOPIANI



LEE O DISPARO

Multiverso

El antiguo director de una conocida editorial es retenido por un escritor frustrado en su propia casa. El asaltante le obliga a leer, a punta de pistola, todas las historias que ha mandado durante los últimos años a la editorial y que han sido ignoradas.

“Lee o disparo” se presenta como una novela que va cobrando interés a medida que nos zambullimos en el misterio que envuelve la identidad del atracador. Un personaje extraño, milenario y rodeado de un misticismo que no lograremos desentrañar hasta el final de la historia.

DANIEL FOPIANI

LEE O DISPARO

Multiverso
EDITORIAL

Lee o Disparo

© Daniel Fopiani
© Multiverso Editorial, 2016
© Ilustración de la portada:
Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz
ISBN: 978-84-944796-5-6
Depósito legal: CA 115-2016
Printed in Spain
Primera edición: marzo, 2016

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento

PRÓLOGO

Prólogo

Por Paco Ramos Torrejón

Lee o disparo es la contundente amenaza que un oscuro e inquietante personaje lanza sobre Marcos, el protagonista de esta obra: un editor en horas bajas que ha dedicado los últimos meses de su vida a la tarea de autodestruirse.

El panorama literario de la actualidad está lleno de voces emergentes, jóvenes atrevidos que amparados en muchas ocasiones por sus seguidores de Internet, se arrojan a la arena de este coso en la que a veces todo parece valer. No es el caso de Fopiani, joven que vuelca su pasión y su amor por las letras detrás de un gran respeto y una búsqueda continua de las formas a través del estudio de la literatura y de un constante trabajo no solo de escritura sino también de lectura; condición, la de lector, sin la que el escritor no encuentra su sentido.

A pesar de su juventud (marzo de 1990), Daniel Fopiani es el fundador de la revista literaria *Relatos sin contrato*, que se edita y distribuye gratuitamente por la provincia de Cádiz, y es autor de un homónimo libro de relatos breves con el que debutó en la escena literaria.

Con un estilo narrativo muy acorde a lo actual, Fopiani, de forma directa y ágil, hace uso de la primera persona utilizando a un narrador protagonista. Es el propio Marcos quien nos cuenta esa extraña aparición del viejo que le apunta con su pistola mientras le pide que lea los folios que paulatinamente le va ofreciendo. Siendo ésta su primera novela, Daniel Fopiani no ha querido alejarse del relato breve en ella, género donde se encuentra más cómodo, apareciendo éste al principio de cada capítulo a través de esos escritos del viejo frente a los que el protagonista de la obra se ve subyugado y que son el *leitmotiv* que va llevando la novela de un capítulo a otro. El autor muestra en ellos su claro dominio de la técnica del género breve enriqueciendo la novela, a la vez que Marcos, a medida que lee, va prologando su vida igual que Sherezade lo hacía con la suya contando cuentos al Sultán.

A través de la literatura la vida se vive de una forma más plena y más intensa, así que sean ustedes personas de a pie o aspirantes a

escritores háganle caso al viejo.

Lean o disparo.

PRÓLOGO

Prólogo

Por Eugenio Mengíbar

Marcos es sorprendido en su propia casa, de madrugada, por un inquietante y misterioso viejo. Éste le obliga —usando artimañas bastante convincentes— a realizar una extraña tarea: bajar la mirada hasta el fondo de un profundo pozo. Allá, el alma de Marcos languidece esperando la negra eternidad. En las paredes de dicho pozo hay una escalera, y cada peldaño que desciende se descubre en forma de magistral cuento.

Daniel Fopiani es una de esas figuras literarias emergentes que no puedes leer de soslayo. Detrás de la evidente sensación de frescura que rezuma su escritura, hay un sólido trabajo realizado desde el simple y puro amor a la literatura. Una personalidad arrebatadora que destaca en cada párrafo, en cada frase. Un estilo bastante definido y desarrollado en un lenguaje directo, llano y sin trabas, de lectura rápida y ágil. Dato que reafirma ese sólido trabajo antes mencionado y un respeto por las estructuras internas del género. Y es que, a pesar de su juventud, es más que evidente su «cabeza bien amueblada» y la capacidad de este autor. No en vano es el máximo responsable del universo *RSC*, revista literaria gratuita que mensualmente se reparte en su localidad residencial, sirviendo de plataforma a aquellos autores que guardan esos relatillos en el baúl, temerosos de mostrarlos y, de paso, regalar cultura y buenas letras suyas y de sus colaboradores.

Con un libro ya en su haber, *Relatos sin contrato*, Fopiani ya muestra un certero dominio del microrrelato y su, digamos, «gusto» por los finales sorprendentes. ¿Por qué finalizar de una forma cotidiana, evocadora o irremediable, si se puede hacer de manera inesperada y arrancar la sonrisa o una exclamación de asombro al lector? Porque de eso se trata. De sensaciones. De lograr esa conexión con las páginas salpicadas de palabras, un acuerdo tácito de ingresar y dejar de hacerlo en un mundo único. Fopiani así lo hace: Marcos, el protagonista de este libro, se ve inmerso en una insólita, peligrosa y visceral situación que le hará estar a punto de zozobrar en varias ocasiones denotando así su vulnerabilidad, su humanidad y su imperfección. Ante él, la figura del viejo. Intimidante y burlón, enigmático y sapiente, origen de tamaño brete que sacude los cimientos existenciales del protagonista. Todos estos matices son los que conforman esta obra tan sensible en contenido y sensacional en

forma.

Claro que es una amenaza.

Por supuesto que la situación es extrema.

Pero tan real como la vida misma.

Este libro no es más que una herramienta,

un recordatorio vital para que no deje escapar

ni un solo momento que pase a tu lado.

Porque me has enseñado a querer.

A vivir.

Para ti.

1
DESPERTAR

Despertar

—Siéntate en esa silla —me ordenó el viejo mientras me apuntaba con la pistola.

Yo aún estaba aturdido.

El despertador marcaba las 01:37 de la madrugada cuando un olor nauseabundo me había levantado de la cama. Ahora descubría, en el salón de mi casa, que aquel pestazo provenía del cigarrillo que aquel personaje tenía en la boca mientras me encañonaba con la nueve milímetros.

El corazón me golpeaba furiosamente en el pecho mientras mis ideas luchaban por ordenarse en la cabeza.

Era primerizo en esto de que me apuntasen con un arma de fuego, y no sabía que cuando esta incómoda situación se daba al caso, el universo entero podía paralizarse en un microsegundo.

Por más que intentaba buscar una explicación, no llegaba a comprender cómo aquel viejo podía estar sentado en mi propio sofá a aquellas horas de la noche. La primera impresión que recibí por parte del intruso era que debía de rondar los setenta, si no, los ochenta años. Tenía el pelo canoso y una larga barba emblanquecida también por el paso de los años. Debajo de esta maraña de pelos se adivinaba una piel oscura y arrugada. No podía asegurar si me encontraba frente a un africano con rasgos indígenas, o frente a un indio con rasgos africanos. Nunca he sido hombre espabilado para este tipo de asuntos (que me aspen si alguna vez he sabido diferenciar entre un chino y un japonés), pero sus facciones hacían evidente que pertenecíamos a lugares y culturas muy diferentes.

En aquel momento de tensión, solo pude encontrar explicación a aquella situación pensando que me encontraba frente a un desequilibrado, frente a algún trastornado que se había fugado de un centro de mayores. ¿Pero tan fácil es para un anciano conseguir un arma de fuego?

El caso es que aquel viejo había sido capaz de entrar en mi casa sin que yo me enterase. Era peligroso, y por ello debía hacer todo lo posible para tranquilizarlo.

—Mire, no sé qué quiere de mí, pero tengo algo de dinero guardado en…

—No es por eso por lo que he venido.

El anciano contestó tajantemente mientras me dedicaba una cálida sonrisa del todo desacorde con la violenta situación.

Aquel tipo no estaba en sus cabales.

Una rebeca negra mal abotonada, unos pantalones de raso oscuros y unas sandalias de cuero era la humilde indumentaria del enajenado mental. Aun estando sentado, sus piernas encogidas de forma destartalada daban fe de un hombre que debía de estar cercano a los dos metros de altura.

Pistola en mano y cigarro en boca, seguía observándome de forma calmada.

Totalmente agarrotado, y presa de esta mirada inquisitiva, pude entrever en aquel viejo algo peculiar… había algo en ese hombre que no me cuadraba: era viejo, muy viejo, sí. Pero su mirada y sus gestos transmitían una juventud y una vitalidad que no correspondían con su maltrecha y esquelética figura.

—Siéntate —volvió a ordenarme a la vez que señalaba una silla con la pistola.

Su voz, en contra de lo que su apariencia pudiera transmitir, también estaba dotada de una energía y una autoridad que tampoco encajaba con su ancianidad. Todo aquello parecía una situación irreal, ficticia, producto de alguna ensoñación. Hacía apenas unos segundos estaba acostado en mi cama, soñando con Noah y con unos niños de rostros difusos (probablemente los hijos que nunca tuvimos).

Y de buenas a primeras, casi sin saber cómo, me encontraba en aquella situación tan jodida. En mi propia casa, sin poder dejar de observar a aquel anciano y la pistola con la que me estaba apuntando.

Me vino entonces a la memoria la imagen desgastada de mi abuelo en sus últimos años de vida. Apenas llegó a los setenta y dos años de edad, pero lo recordaba cansado, arrugado, con voz temblorosa e incapaz de dar una palabra más alta que la otra. Este personaje que tenía delante lo superaba con creces en muchos años de edad, y no solo no mostraba ningún achaque a simple vista sino que encima, me veía obedeciendo órdenes de aquel vejestorio enclenque.

—¡Venga, siéntate!

Me sorprendió que de tal grito no se le hubiese caído el cigarrillo de la boca.

Un movimiento amenazante de pistola no dio lugar a la desobediencia.

Comprendí que si quería seguir con vida, más me valdría llegar a buenos términos con él. Inmediatamente me dispuse a hacer lo que pedía. Pero no quise darme media vuelta para coger el asiento que estaba a mis espaldas (Que Jesucristo dijo hermanos, no primos). Así que di varios pasos atrás y agarré la silla por el respaldo sin quitarle ojo a aquel tipo.

La puse frente al sofá y me senté intentando disimular el temblor de las piernas.

Cualquier superficie que el humilde mobiliario de mi casa pudiese ofrecer, estaba invadido por un ejército indisciplinado de botellines de cerveza. Desde hacía semanas permanecían vacías y a la espera de que alguien las recogiese y las tirase a la basura.

Una pequeña mesa redonda era lo único que me separaba ahora del viejo misterioso, pero, afortunadamente, solo estaba ocupada por un vaso vacío y casi opaco de Ginebra.

El anciano aguantó el cigarrillo con la mano izquierda, con la derecha agarraba firmemente la pistola en dirección a mi pecho.

—Está bien, quiero que te relajes.

—¿Pero cómo quiere que me relaje? ¡Me está apuntado con una puta pistola!

—Bueno, tranquilízate, si cooperas, no tiene por qué ocurrir nada malo —me dijo el viejo de manera pausada.

¿Si coopero? ¿Pero quién carajo era ese tío? Y sobre todo… ¿cómo había conseguido llegar hasta mi salón?

De forma involuntaria giré rápidamente la cabeza hacia el portón de mi casa. Estaba cerrado a cal y canto, tal y como lo había dejado antes de acostarme en la cama.

El viejo sonrió al ver mi desconcierto.

—No es por ahí por donde he entrado, Marcos, yo no espero encontrarme con las puertas abiertas cuando allano la casa de alguna de mis víctimas… después de todo, asaltar la casa de un divorciado frustrado mientras duerme no es tan difícil como parece.

—¡Marcos! ¿Pero cómo coño sabe mi nombre? ¿De qué me conoce? ¿Qué sabe de mí?

Recuerdo que empecé a asustarme de verdad. Aquello ya pasaba de castaño oscuro. No había visto a ese tío en mi vida, y sin embargo, era evidente que yo no era un completo desconocido para él.

El viejo continuaba con aquella sonrisa burlona hundida tras la espesa barba blanca. Estaba claro que ese anciano sádico se estaba regocijando de mi sufrimiento. Estaba jugando con mi desconcierto.

—Ya te he dicho que deberías tranquilizarte, y te lo digo por tu bien. La noche es larga y esto no ha hecho más que empezar.

2
EL VIEJO

El Viejo

Pensé en amenazarle con llamar a la policía, pero el oscuro cañón del arma seguía vigilándome de forma incesante. Ello me condicionó. Lo último que quería era ponerle nervioso. Con que lo estuviera yo ya era suficiente.

La escena se ponía cada vez más complicada; aquel viejo me conocía y no había asaltado mi casa al azar, lo que complicaba aún más la situación. Si había elegido mi casa, si me había escogido a mí, debía de ser por una razón en concreto. Mi cabeza empezó a funcionar de forma desenfrenada, podría tratarse de algún ajuste de cuentas, de un asesino a sueldo contratado solo y exclusivamente para matarme a mí… ¿Pero quién estaría interesado en mi muerte? Y lo más rocambolesco, ¿quién contrata a un sicario de ochenta años de edad?

Lo único que empezaba a quedarme claro era que no podía seguir subestimando a aquel individuo.

—¿Cuánto tiempo lleva espiándome? ¿Qué sabe de mí?

—¿Yo? ¿Espiarte? Nunca —dijo a la vez que mantenía esa sonrisa indescifrable.

—Pues dígame quién le ha facilitado esa información sobre mi persona.

—Nadie.

—¿Nadie? Habla de mí como si fuese un colega de toda la vida, y yo no tengo ni idea de quién es usted.

—Es cierto que conozco más asuntos tuyos de lo que puedas imaginar. Pero hay algo en lo que te equivocas: si tú no sabes quién soy yo, es porque nunca te has molestado en prestarme atención —dijo a la vez que le daba una larga calada al cigarro impregnando toda la habitación de ese olor tan desagradable—. Son varios años los que llevo intentando llamar tu atención. Marcos Posada Fernández, el día catorce de dentro de dos meses cumples cuarenta y tres años, divorciado de la mujer a la que sigues amando, desempleado después de que tu propia empresa de edición fuese a la quiebra… lloraste desconsoladamente con el final de *Titanic* y, de pequeño, solías sacarte los mocos de la nariz y pegarlos en los bolsillos de los pantalones.

Aparato dental a los dieciséis. Te gustan las aceitunas rellenas de anchoas y eres alérgico al marisco. Fobia a los espacios oscuros y cerrados. No sabes ni mirarte la talla de los calzoncillos. Llevas diecinueve meses viviendo en esta casa, solo, sin compañía, amargado, resentido, anémico y desganado. —El capullo hizo una pausa con toda la intención del mundo—. Me dejo muchas otras cosas en el tintero, pero tenemos toda la noche por delante para hablar sobre ellas.

La primera reacción que sacudió mi instinto de supervivencia fue la de poner pies en polvorosa y salir huyendo ante aquella perorata; pero no lo hice. Toda aquella información me dejó tan bloqueado que solo pude quedarme allí muy quieto, tal y como estaba, sentado frente a unos ojos oscuros y profundos que me estudiaban con fijeza.

Una mirada de esas que revisten sabiduría. «Tengo muchos años a mis espaldas y soy más sabio que tú, por eso ahora te tengo cogido por los huevos». Digamos, que algo parecido es lo que me transmitía aquella mirada con la que el viejo me bombardeaba.

Todo lo que había dicho sobre mí lo había largado con tal naturalidad como si me conociera de toda la vida. Sabía cosas que mi madre se había llevado a la tumba y de las que ni yo mismo me acordaba.

El viejo seguía dándole generosas caladas al cigarrillo mientras yo hacía esfuerzos por salir de mi bloqueo. El cigarro estaba a punto de consumirse. Cosa que deseé con todas mis ganas. Aquello que fumaba apestaba a perros muertos. Un aroma agrio y podrido embadurnaba ahora todo el piso. Pero a aquel sujeto no parecía importarle en absoluto. El octogenario fumaba, tranquilo, sereno, como a la espera de que yo acertara a decir algo; parecía disponer de todo el tiempo del mundo.

—¿Quién es usted? —conseguí articular mientras las palabras se me apelotonaban entre los dientes.

—Un amigo, o eso aspiro a ser. ¿Un cigarrillo? Perdona que no te lo haya ofrecido antes.

—No fumo.

—Haces bien, uno de estos te tumbaría de una sola calada. Afortunadamente tengo mucho más que ofrecerte, amigo.

—Usted y yo no somos amigos.

—Sí lo somos, pero tú no te has dado cuenta todavía.

—Creo que se está equivocando de persona…

—Yo nunca me equivoco de persona —pese a mi intento de bravata, aquel viejo me tenía totalmente atemorizado—, de hecho, llevo intentando contactar contigo desde hace años.

Yo únicamente podía guardar silencio, estaba demasiado aturdido para siquiera pensar en las palabras que me estaba diciendo.

—Editorial La Pluma, esa era la empresa de la que eras director, ¿verdad? Y esa era la editorial a la que tantos escritos he mandado durante muchos años, sin recibir una mísera respuesta.

Un atisbo de esperanza iluminó entonces mi espíritu. Parecía que aquel viejo solo era un escritor frustrado, quizás mosqueado porque mi antigua editorial no le había publicado ningún libro. Aunque había varios puntos que no cuadraban, de alguna manera los músculos de mi cuerpo se destensaron ante aquella posibilidad.

Un escritor descontento con mi antigua editorial.

Nada más.

—Verá… como bien ha dicho antes, mi editorial se fue al traste, a la ruina, y con ella yo mismo. Le pido mil disculpas, ya que era yo el máximo responsable de la empresa, pero ahora mismo creo que no puedo ayudarle de ninguna manera.

—¿Por qué no prestaste atención a ninguno de los numerosos textos que te mandé?

—Digamos que esa no era mi tarea. Mis responsa-bilidades como director eran otras, para ello tenía en plantilla a varios correctores que eran los encargados de estudiar las obras recibidas y filtrar aquellas que…

—Creo que te equivocas.

Hizo una pausa mientras tiraba el cigarro casi consumido al suelo del salón. Lo pisó de forma despreocupada y se sacó hábilmente otro cigarro liado del bolsillo de la rebeca. Se lo colgó en la boca y volvió a rebuscar con la misma mano entre los bolsillos (con la otra no soltaba el revólver desde que había llegado a mi casa). Cuando encontró el encendedor pude entrever que se trataba de una pieza de oro maciza

con unos extraños grabados. Apenas nos separaban unos centímetros y, a primera vista, me dio la impresión de ver el contorno de una calavera grabada en uno de los laterales del mechero dorado. Quise suponer que aquella visión solo había sido producto de mi intranquilidad. Una vez encendido, volvió a esconder el encendedor en uno de los bolsillos interiores de su rebeca.

El humo envolvió su rostro arrugado en una nube azulada.

—No mandaba obras para que fuesen publicadas, Marcos, yo te dedicaba mis cuentos expresamente a ti. Eran cartas dirigidas al director. Cartas que nunca fueron tomadas en cuenta.

Todo lo que el viejo contaba me parecía de lo más extraño. ¿Quién en su sano juicio se dedica a mandarle cuentos al director de una editorial sin la intención de ser publicado?

—No le entiendo, ¿me está diciendo usted que se ha llevado varios años enviándome cuentos con el simple objetivo de que yo los leyera? ¿Sin más?

—Así es.

Entonces lo supe.

Aquel viejo había perdido el norte.

Estaba chaveta.

Por segunda vez en la noche, miré a un lado y a otro del salón con la intención de buscar una salida rápida de mi propia casa. Saldría corriendo y, fuera en la calle, ya me pondría en contacto con la policía para que recogieran a aquel demente y se lo llevaran a donde demonios debiera de estar encerrado.

—No, Marcos, no estoy tan loco como piensas. Y olvídate de salir corriendo de tu casa. Me he asegurado de bloquear cualquier salida posible.

Debí de palidecer de forma súbita. Un calor punzante me atacó el estómago y se me nubló la visión. No podía ser cierto. ¿El viejo me había leído el pensamiento? Un calor repentino fue continuado por unas náuseas que hicieron que todo el salón de mi casa empezase a dar vueltas a mi alrededor. Mi cuerpo se aflojó y perdió la poca fuerza que le quedaba.

—Te conozco mejor de lo que crees, Marcos, por eso estoy aquí ahora. Por eso llevo mandándote mensajes desde hace tantos años atrás.

A mi mente acudieron las imágenes de los cientos, o miles de sobres sin abrir que tiraba a la basura al cabo del mes. Todo aquello que no me produjera dinero iba directo a la papelera. Imaginé que entre todos aquellos sobres estarían las cartas del misterioso personaje que se me presentaba como espíritu de la Navidad.

Acostumbrado a dar conferencias y a guardar la compostura delante de cientos de personas ante situaciones inesperadas, esa noche no era capaz de dominar siquiera la reacción de mi cuerpo tembloroso. No me veía capaz de articular palabra frente un anciano ñoño, esquelético y sin fuerzas.

El viejo tuvo que ver en mi mirada el reflejo de la impotencia. Del acojone.

O quizás me leyó la mente.

Yo que sé.

El caso es que el viejo se giró ligeramente sin dejar de apuntarme con la pistola. Mis ojos se posaron en algo que había pasado totalmente desapercibido hasta aquel momento. En el lateral del sofá había apoyado un maletín de cuero marrón. El anciano sostuvo el cigarro con la boca y alargó la huesuda mano hasta agarrar una de sus asas.

Soltó el maletín sobre el sofá y se puso a rebuscar en su interior. Sacó unas hojas sueltas de papel escritas a mano y las puso en la pequeña mesa que se interponía entre nosotros.

—Por eso estoy aquí —argumentó el viejo.

—¿Por qué? ¿Por esos papeles?

—Así es. Eso a lo que tú llamas papeles son las obras a las que tanto tiempo les he dedicado con la intención de que tú las leyeras. Estos cuentos están escritos solo y exclusivamente para ti —dijo señalando al maletín con la pistola—, así que hasta que no los leas no podré irme de tu casa.

—Pero bueno, ¿de verdad cree usted que puedo ponerme ahora a leer cuentos? Son las dos de la mañana y… ¡Por Dios, me está usted

apuntado con una pistola! —El viejo hizo caso omiso a mis palabras—. De verdad se lo digo, si lo hablamos podríamos concertar otro día, otra situación para que le eche un vistazo a sus obras —mentí.

—Hasta que no leas mis cuentos no pienso dejarte en paz —tomó un tono más severo, como si la lectura de esos textos fuese un asunto de extrema importancia—. No puedo irme de aquí sin que estas historias cumplan su objetivo. Hoy no pueden volver a ser rechazadas.

—Pero no creo que sea este el momento adecuado para…

El viejo levantó por primera vez la mano con la que tenía agarrada la pistola y estiró el brazo hasta que casi pudo meterme el cañón en un ojo.

Un clic resonó en toda la habitación.

Tuve que contenerme para no orinarme en los pantalones.

—Si estoy aquí ahora, es porque es el momento adecuado. Lee.

3
LA MÁSCARA

La Máscara

«Los pelos son el reflejo del alma».

Ese era el lema de la humilde, pero extravagante peluquería que administraba Eufrasio. Nada más entrar, el cliente se topaba con esta frase de frente escrita en un cartel: «Los pelos son el reflejo del alma».

Para Eufrasio, el corte de pelo constituía un ritual milenario mucho más importante de lo que la gente común normalmente atribuía al simple hecho de ir a la peluquería. Eufrasio consideraba su profesión imprescindible para la sociedad, porque no solo se trataba de buscar un corte bonito que le quedara bien a la persona, sino de una ceremonia de renovación, un acto de purificación y acercamiento a Dios al deshacernos de la materia física sobrante de nuestro cuerpo.

Un loco de remate.

En el pueblo lo conocían por Eufrasio el Majareta, sin embargo, su habilidad con las tijeras hacía que sus habitantes no pudieran escoger a otro peluquero que estuviese a su altura. Tal era su destreza en la profesión, que pelaba siempre a sus clientes sin la ayuda de un espejo.

Así es.

No había un solo espejo en toda la peluquería. Eufrasio, arraigado en las antiguas costumbres de afeitar sin espejo, llevaba toda una vida ejerciendo el empleo sin necesidad de ese invento tan banal y superfluo.

El panadero del pueblo entró un día para cortarse el pelo, pero cuando le fue a pagar, el peluquero le respondió:

—No se preocupe por el dinero, esta semana estoy haciendo servicio comunitario y no cobro a mis clientes. Creo que el corte de pelo es una necesidad como el comer o el beber —dijo a la vez que señalaba el cartel: «Los pelos son el reflejo del alma»—. Mi tarea es la de purificar vuestras almas. Así que hoy no puedo aceptar su dinero.

El panadero, que ya conocía los disparates de Eufrasio, no se asombró ante sus extrañas palabras. Sin embargo, sí que agradeció este gesto y después de darle un abrazo al peluquero se marchó.

A la mañana siguiente, cuando Eufrasio abrió el pequeño negocio, había una nota de agradecimiento y una cesta llena de pan y bollos artesanales esperándole en la puerta de la peluquería.

Ese mismo día, después de que Eufrasio hubiese dado buena cuenta de los bollos, fue a cortarse el pelo el jardinero del pueblo. Cuando le fue a pagar, el peluquero volvió a negarse:

—Esta semana no cobro a mis clientes. Mi tarea es la de pulir las asperezas y cortar las malas hierbas que se propagan por el alma de mis clientes —dijo mientras mantenía una fija mirada al cartel de marras: «Los pelos son el reflejo del alma» —. Guárdese su dinero.

El jardinero salió de la peluquería igual de agradecido que el panadero el día anterior.

A la mañana siguiente cuando Eufrasio abrió la peluquería, había otra nota de agradecimiento en la puerta y una variedad de las macetas decorativas más hermosas que había visto en su vida.

Esa tarde, entró en la peluquería adornada de bellas macetas el cristalero del pueblo. Igual que con los anteriores clientes, el peluquero no aceptó su dinero:

—Esta semana estoy haciendo un servicio comunitario en el barrio. Os corto el pelo y os limpio el alma de forma gratuita, ya que lo considero algo de primera necesidad. El simple hecho de veros salir de mi peluquería totalmente purificados, después de que hayáis entrado de una manera tan zarrapastrosa y ruin, me sirve como recompensa.

El cristalero le mostró su agradecimiento y se fue de la peluquería contento de haberse ahorrado el dinero del pelado.

A la mañana siguiente, a Eufrasio le esperaba en la puerta de su peluquería una nota de agradecimiento por parte del cristalero y un grandísimo espejo.

«Agradezco el detalle del cristalero —pensó— pero nunca me ha hecho falta la ayuda de un espejo para ejercer mi sagrada profesión. No lo pienso aceptar a estas alturas».

Cuando pasó por su lado para abrir las puertas de la peluquería, la visión de un completo desconocido lo dejó de una pieza: un personaje con una melena roñosa que le llegaba hasta la cintura, y unas barbas descuidadas y enmarañadas lo miraba con cara de sorpresa.

—¡Por Dios Santo! —clamó el peluquero— ¿Quién demonios es ése? A ese hombre no le vendría nada mal pasar por mi peluquería.

No sé cómo el viejo supo que había llegado al final del cuento. Aún no había levantado la vista de los folios, ni siquiera tuve tiempo para reflexionar unos instantes sobre la moraleja del texto, cuando comentó:

—Hace unos minutos me has preguntado que quién era yo. No te he respondido por dos razones: primero porque no puedo, y segundo porque no me da la gana. Sin embargo me gustaría preguntarte algo, ¿sabes realmente quién eres tú?

El viejo tuvo que ver mi cara de perplejidad, y, si no la advirtió, hice todo lo posible por transmitir mi turbación. ¿Qué me estaba preguntando ese maldito desequilibrado?

—Pues claro que sé quién soy. ¿Cómo no lo iba a saber?

—El protagonista de este cuento que acabas de leer había dedicado toda una vida a preocuparse por los pelos de los demás. A observarlos y estudiar los defectos de las personas que lo rodeaban. Sin embargo, no había dedicado ni un solo segundo de su vida a mirarse los suyos. A verse a sí mismo.

Automáticamente volví a mirar los papeles que sostenía en la mano sin leer nada, solo con la inocente esperanza de comprender las intenciones de mi atracador.

—Solemos pasar la vida entera observando, curioseando el mundo que nos rodea. Nos guiamos demasiado por el instinto de la vista, de ver «de ojos para afuera» sin siquiera plantearnos el cerrarlos por unos instantes y ver qué hay dentro de nosotros. Lo que te quiero decir —continuaba el viejo— es que tomarse tiempo para conocerse, conectar con nuestro interior, con nuestro yo oculto es el mayor regalo que una persona puede hacerse.

—Me parece muy bien, pero de verdad… no sé a qué viene todo esto.

—¡Claro que no lo sabes! Igual que tampoco sabes por qué te comportabas con tanta frialdad y autoridad en las horas de trabajo. Ahora te arrepientes, pero entonces te mostrabas frente a tus trabajadores con una fingida superioridad que ni tú mismo te creías. Eso sin hablar de los años dedicados al arte de ignorar la existencia de tu mujer y de apatía sexual.

—¡Pero qué carajo sabrá usted de mi vida! —contesté acalorado.

Ya te he dicho que te conozco bastante bien. Y desgraciadamente, también conozco todas esas máscaras que nos ponemos ante los demás y que a veces olvidamos que llevamos puestas. La máscara del amargado, la máscara de la seriedad para parecer respetable, la máscara del marido patriarca… todo máscaras, pero, ¿cuándo has sido realmente tú?

El viejo hizo esta última pregunta a la vez que hacía un ademán con la pistola invitándome a responder.

En aquellos instantes las ideas me temblaban.

Dejando de lado todas aquellas dudas inexplicables de cómo aquel viejo del demonio sabía todos esos asuntos de mi existencia, me di cuenta de que sus palabras podían acercarse a la realidad.

Me vinieron a la memoria cientos de días rebosantes de estrés en mi oficina de director. Me vi paseando por los pasillos con cara de amargado con el involuntario objetivo de parecer ocupado, importante ante los demás. No supe disfrutar de aquellos momentos simplemente por querer mostrar lo que no era… y ya ni hablar de cómo me había comportado muchas veces delante de mi mujer. ¿Por qué actuaba de aquella manera?

—Asume la responsabilidad de lo que eres, de todo lo que haces y lo que dices. Nos pasamos media vida culpando nuestro entorno, a las personas que nos rodean, igual que el peluquero de esta historia. ¿Pero cuántas veces nos planteamos qué parte de culpa podemos tener en las cosas que nos ocurren? Solo cuando conozcas tus puntos fuertes, y sobre todo, los débiles… Solo cuando empieces a saber quién eres de verdad, dejará de ser necesario que te ocultes detrás de esas máscaras impostoras.

Yo seguía mirando al vacío mientras el viejo se explayaba. Con la llegada de aquel intruso, un torbellino de dispares sensaciones me habían acribillado a lo largo de la noche.

De alguna manera mi cabeza quiso que recordara varios momentos de mi infancia en los que jugaba de forma despreocupada. Centrado únicamente en lo que quería hacer y en el objetivo del juego, sin pensar en lo que pudieran opinar los demás ni en la imagen que pudieran tener de mí. Quizás ese fuese mi verdadero yo; una muestra de personalidad pura del ser humano.

—Solamente tienes que prestar un poco de atención —continuaba hablando el viejo mientras yo estaba sumido en mis pensamientos—, a las caras de la gente que se ha construido una existencia artificial tras dejarse convencer por la sociedad.

No comprendía con exactitud qué quería conseguir con todo aquello. Aún no me encontraba al cien por cien. Aún me sentía bastante aturdido.

Miré la pistola.

El cigarrillo.

La barba canosa del viejo en contraste con su piel tostada.

Esa extraña sonrisa que parecía saberlo todo.

El maletín.

Los papeles.

Otra vez la pistola.

Aquel hombre aseguraba que había asaltado mi casa para que leyera los cuentos que tantas veces rechacé, pero que conociera tantos datos de mi vida pasada y que me diera lecciones de filosofía eran cabos sueltos que no conseguía unir por ningún lado.

Estaba cansado de tantos interrogantes.

—¿Para qué ha venido? —le pregunté tajantemente.

—Ya te lo he dicho, para que leas mis cuentos —me contestó el viejo sosteniéndome la mirada sin ningún tipo de esfuerzo.

—¿Y por qué sabe tantas cosas de mí? ¿Quién es usted en realidad? No me creo que sea un simple escritor mosqueado con el director de una editorial fracasada.

El viejo saboreó el tufo del cigarro antes de hacer un anillo de

humo perfecto que se desplazó flotando suavemente a lo largo de toda la sala. Estaba claro que no tenía ninguna prisa en contestarme.

—Deja de cuestionarte quién soy yo. Te diré que de alguna manera, yo soy el que te trae ese espejo del cuento para que te olvides de los demás y empieces a cuestionarte realmente quién eres tú. —El anciano alargó el brazo y me dio varios golpecitos con la pistola en la sien—. Con cuarenta y dos años ya va siendo hora, ¿no crees?

4
OREJA DE PLÁSTICO

Oreja de Plástico

No creo que a ninguno de vosotros os agrade que venga un viejo tarado a las tantas de la madrugada a daros sermones a vuestra propia casa. Al menos, a mí aquella situación ya me estaba tocando los cojones.

Aquel viejo decrépito de tez oscura me hace leer un cuentecito y me da una charla de cómo conocer mi verdadera personalidad, o yo que sé qué rollo de cerrar los ojos y mirar nuestro interior. Verdaderamente el viejo conocía más cosas de mi pasado de lo que hubiera podido imaginar, pero pensándolo fríamente, me vino la idea de que una mente desequilibrada puede estar espiando y estudiando a una víctima durante bastante tiempo con el único propósito de conseguir su objetivo.

Y al parecer su objetivo era que yo leyera sus cuentos y tuviese que escuchar sus sermones.

Ese tío estaba zumbado.

Entonces nació en mí la irrefrenable necesidad de salir de mi propia casa y alejarme del intruso armado. Volví a retomar la idea de llamar a la policía por teléfono, pero enseguida comprendí que era totalmente imposible dirigirme hacía el aparato, descolgar el auricular, marcar el número de la comisaría y explicar mi situación. El primer obstáculo que me encontraba era que el policía de guardia tomara en serio la denuncia de que un viejo de al menos ochenta años hubiese asaltado mi casa. Y segundo, tenía el cañón del revolver cargado solo y exclusivamente para mí; por muy anciano y enclenque que fuese mi atracador, no es necesaria excesiva habilidad para apretar el gatillo y acertar a medio metro de distancia.

No quería acabar con un agujero entre ceja y ceja. Pero tenía que salir de allí, y rápido. ¿Quién me aseguraba a mí que el viejo no pudiese perder la chaveta del todo y ponerse a pegar tiros a diestro y siniestro sin razón alguna?

Así que intenté calmarme. Recordé que estaba en mi propia casa, y que nadie mejor que yo conocía su estructura y los lugares por los que podría salir corriendo para huir de aquel tarado.

Mientras mi cerebro creaba un plano mental del piso, de fondo

podía oír como el viejo seguía hablando y hablando sobre rollos macabeos de conocerse interiormente. En mi imaginación creí encontrar el itinerario más corto para salir pitando del salón. El plan sería el siguiente: me levantaría como un resorte de la silla, tiraría los papeles a la cara arrugada del viejo para desorientarlo y saldría corriendo pegándome patadas en el culo hasta el portón de la casa que se encontraba a unos metros de mi espalda. Libre ya del cañón de la pistola, Dios diría.

—No me estás escuchando —dijo el viejo sin perder esa media sonrisa.

—Sí, sí que le escucho. ¿Cómo que no? Estaba usted diciendo que no podemos encontrar la felicidad si no sabemos quiénes somos nosotros mismos, que ya va siendo hora de que me dedique un poco de tiempo.

El viejo suspiró.

No parecía convencido ante mi respuesta.

Con la misma habilidad que con los papeles anteriores, introdujo su huesuda mano en el interior del maletín de cuero que descansaba en el sofá, y sin quitarme la vista de encima (ni el puto cañón de la pistola) me acercó otro manojo de folios manuscritos.

—Un chiste que escuché hace tiempo en un bar me inspiró para escribir este cuento. Léelo y verás de lo que te quiero hablar —ordenó el viejo.

Orden que cumplí sin rechistar. Ahora tenía en mis manos los papeles que me iban a servir de despiste cuando quisiera salir corriendo hacia la puerta de mi casa. Cuando terminase de leer el cuento, el viejo empezaría a sermonearme sobre lo leído, y yo aprovecharía un momento de guardia baja para lanzarle los folios a la cara y salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Involuntariamente noté cómo mi corazón se aceleraba.

El momento de actuar se acercaba.

Agaché la cabeza y comencé a leer el manuscrito que sostenía entre las manos.

Las manecillas del reloj rozaban las nueve y media de la noche. El padre se frotó las manos y cogió el cuchillo y el tenedor.

La cena era el único momento en el que este padre podía reunirse con su familia. Para él no había mejor comida en todo el día que la cena, en la que se sentaba en la mesa después de un duro día de trabajo y disfrutaba de la compañía de su mujer y sus dos hijos pequeños.

Aquello se había convertido casi en un ritual en el que los cubiertos siempre se disponían de la misma manera, cada componente de la familia se sentaba en el mismo sitio y casi siempre se hablaba de los mismos asuntos.

El cabeza de familia no tardó en hacer la pregunta de rigor.

—Jaime, cuéntanos, ¿cómo te ha ido hoy en la escuela?

—Pues hoy hemos coloreado una estrella en la clase, papi —contestó el niño de cinco años—, y me ha quedado muy bonita, apenas me he salido de los bordes.

—¡Qué bien!

—Yo tengo algo que contar también, papi —contestó Anita, su hija de diez años.

El padre se alegró ante la iniciativa de su hija. Noche tras noche tenía que sacarles las respuestas a sus hijos con sacacorchos. A veces le daba la sensación de que ellos no comprendían que la cena era el único momento del día en el que podía reunirse con su familia, muchas veces podía ver que los niños se aburrían en la mesa o contestaban sin ganas a las repetitivas preguntas del padre.

Aquella noche su hija tenía ganas de hablar y de contar algo importante a su familia. Aquella cena pintaba animada.

El padre disfrutó de un trago de vino rosado que su mujer le había servido, se acomodó en la silla y se dispuso a escuchar lo que su hija tenía que contarle.

—¿Y qué es eso que quieres contarnos, Anita?

—En realidad… es una mala noticia —contestó la hija preocupada.

—Bueno, a ver, no será para tanto. ¿De qué se trata, cariño?

—Pues…papi, verás es que… hoy he dejado de ser virgen —soltó la

pequeña a la vez que se tapaba la cara con las manos para ocultar unas lágrimas que se le habían escapado.

Las manecillas del reloj se pararon de súbito. El padre dejó de masticar y la cara le pasó de pálido susto a rojo furia en menos de un segundo. La madre empezó a hiperventilar y a abanicarse el rostro contraído con la palma de la mano. La hija seguía con la cara hundida entre sus pequeñas manos mientras lloraba desconsoladamente. El hermano pequeño de cinco años observaba la reacción de su familia sin saber demasiado qué estaba ocurriendo.

—¡Pero qué dices, niña! ¡Si tan solo tienes diez años! —gritó el padre a la vez que daba un puñetazo en la mesa y un tenedor salía disparado.

Un silencio sepulcral inundó el salón de la casa. El pequeño quiso romper este silencio interminable con toda su buena voluntad.

—¿Qué pasa si Anita ya no es virgen, papi?

—¡Cállate, Jaime! ¡Vete para tu cuarto!

Del grito y los escupitajos que soltó el padre, Jaime no se lo pensó dos veces para salir corriendo de la mesa y encerrarse en su cuarto. Algo realmente malo debía de estar ocurriendo aquella noche en la cena familiar.

Anita, con diez años de inocencia, no esperaba tampoco que su padre fuera a tomárselo tan a la tremenda. Entre asustada y temerosa no pudo decir ni una palabra.

—¡Tú, puerca! —gritó a su mujer—. Esto pasa por ser como eres, por ir a la calle pintada como una mona y con la falda que se te ven hasta las intenciones. Por andar por las esquinas riéndote y coqueteando con el primero que se te cruza. ¡Claro! ¡Eso es lo que tu hija ve durante todo el día en esta casa! ¡Y mira! ¡Mira!

La cabeza le daba vueltas a la mujer. La inesperada confesión de su hija le había provocado unas náuseas incontrolables y no tenía cuerpo para discusiones. Sin embargo, no estaba dispuesta a pasar por alto las exageradas recriminaciones de su marido.

—¿Y quién es el que se gasta medio sueldo en rameras baratas y se despide de ellas en la misma puerta de nuestra casa? A ver si te crees que tu familia no se da cuenta de las cosas —contestó la mujer alterada—. Además, desde que pusimos el digital en la tele no haces otra cosa que meterte todas las noches en canales marranos.

Desconsolada y al borde de un colapso, la madre, después de haberse desahogado con estos últimos gritos, hizo acopio de todas sus fuerzas y tomando las manitas de su hija, con voz temblorosa le preguntó:

—¿Pero cómo fue, hija? ¿Ha sido una persona mayor? ¿Te forzaron a que lo hicieras?

—¡Sí, mami, yo no quería! —contestó la pequeña ahogada en lágrimas.

—¿Pero quién ha sido, cariño? Dime quien ha podido hacer tal bestialidad.

—Ha sido mi profe, mami. ¡El profesor me sacó del belén viviente y ya no soy la Virgen! ¡Ahora soy una simple lavandera!

Debí de sonreír al terminar de leer el cuento, porque de la misma manera que con el texto anterior, el viejo no me dio tiempo a reacción alguna.

—Te ha gustado, ¿no?

—Sí, bueno… me ha parecido simpático el final.

—Te parece gracioso porque piensas que esas situaciones se dan solo en los chistes y en los cuentos, pero sin darnos cuenta en muchas ocasiones nos comportamos como el padre de Anita. Aunque intentemos hacer como el que escucha, la mayoría de las veces estamos deseando que nuestro interlocutor termine con lo suyo para hablar nosotros. Eso sin contar las veces que oímos, pero no escuchamos, dejando a la persona que está hablando delante de nosotros en segundo plano...

El viejo seguía con lo suyo, esta vez la moraleja de cuento parecía ser que debemos escuchar cuando alguien nos está hablando, o algo así. La verdad, me importaba un mojón. Lo que yo quería era salir corriendo de allí y que la policía pusiera orden en todo aquel embrollo.

El corazón volvía a latirme con furia.

Había llegado el momento de pasar a la acción.

—¡Marcos! ¡No me estas escuchando!

Su grito me descontroló por completo y el respingo que di en la silla tuvo que ser tremendo, a la vez que ridículo. Agarré los papeles con fuerza, pero el viejo me miraba ahora con enfado y atención. Si actuaba ahora poco iba a sorprenderle.

—No, Marcos, no me estas escuchando. Es precisamente de lo que estoy hablando. Estás oyendo mi voz, pero no me estas prestando atención. Es imposible estar atento a alguien cuando se está pensando en tirarle los papeles a la cara y salir corriendo.

Podía ser la quinta, o la sexta vez en la noche que el viejo me dejaba sin respiración. De nuevo había adivinado mis intenciones, o peor aún, leído mis pensamientos.

El anciano levantó la pistola y apuntó directamente a mi cabeza. Esta vez parecía enfadado y su voz tomó un tono mucho más grave haciendo que su grito retumbase en las paredes del salón.

—¡Marcos, joder, no me compliques las cosas! Estoy aquí por ti, y tú solo piensas en escapar o en darme un porrazo. Hoy no vas a salir de esta casa, al menos hasta que yo lo quiera. Ahora tu única opción es la de cooperar si no quieres que te deje la cabeza como un puré de patatas.

El viejo se había dejado llevar, había pronunciado sus últimas palabras con un acceso de violencia que no hubiese podido nadie sospechar de un hombre aparentemente tan frágil. Calló un instante y se puso a fumar del cigarrillo, expulsando con cada bocanada su cólera.

Yo solo pude mantener mi mutismo. El miedo, antes apagado por la adrenalina de escapar, volvió a dominarme. La sensación de no poder hacer nada sin que el viejo se adelantara hizo que me hundiese en la desolación completa. De nuevo volví a sentirme acojonado, superado por aquel octogenario. Pero una nueva sensación, más deprimente y aplastante me embargaba ahora.

La impotencia.

Me veía incapaz de sorprender a mi atracador y salir corriendo. Dejé los folios con mano temblorosa en la mesita que nos separaba al viejo y a mí.

—Marcos —continuó el viejo mucho más calmado mientras retiraba la pistola de mi frente—, te hablo de no escuchar, que es precisamente lo que sueles hacer con las personas que te rodean. Hace

unos minutos hemos conversado sobre la importancia que recoge la simpleza de conocerse a sí mismo, de cerrar los ojos y actuar como te pide el corazón, sinceramente, sin máscaras ni convencionalismos. Ahora te hablo de escuchar a los demás. Pero escucharlos de verdad, con atención e interés. De la misma manera que debes de escucharte a ti, debes hacerlo con los que te rodean —dio una pequeña calada al cigarro, era el segundo que veía encendido en su boca y ya estaba a punto de consumirse—. Es un hábito que no conoces por falta de práctica, pero te aseguro que aunque parezca mentira, prestar atención a lo que la gente tiene que decirte puede ayudarte a encontrar tu verdadero yo. Respétate a ti mismo para respetar a los demás o, respeta a los demás para respetarte a ti mismo. Es lo mismo. Todo esto es una balanza, Marcos, la balanza que puede llevarte a disfrutar de la vida. Disfrutar, ser feliz… ¿sabes de lo que te hablo? Mucho me temo que estos últimos años has estado bastante alejado de algo parecido.

Estaba totalmente desorientado después del golpe de adivino que me había dado el viejo. Contesté como pude.

—Sí, vale. Pero vuelvo a decirle que no sé a qué viene todo esto. Son las dos y media de la madrugada, estoy cansado…

—¡Deja ya de ponerte excusas y obstáculos! ¿Acaso nunca es buen momento para que alguien te muestre la solución a los conflictos que has tenido a lo largo de tu vida? ¡Escucha todo lo que tengo que decirte de una condenada vez!

—En ese caso —contesté viendo que no tenía alternativa—, creo que siempre he escuchado a todos lo que han hablado conmigo.

—¿Sí? Pues contéstame: ¿Qué hacías entonces con todas esas cartas que te envié durante años?

Un silencio incómodo tuvo lugar después de esas palabras.

Evidentemente no pude contestar.

—Escuchar es precisamente eso, Marcos. No basta con ver el sobre y saber que se están dirigiendo a ti, se trata de abrir la carta y prestarle atención a lo que en su interior quiere decir. ¡Dentro, Marquitos! No te conformes con oír las palabras del mensaje, sino ten la intención de leerlas y hacerlas tuyas. Nunca sabes lo que puedes aprender de las personas que tienes a tu alrededor.

—Está bien. Puede que tenga razón —yo mismo podía notarme en

la voz que el abatimiento estaba haciendo mella en mí.

—¡Pues claro! ¿Cómo quieres que te escuchen cuando hablas si no eres capaz de prestarle un mínimo de atención al que tienes delante de ti? Piensa en esto todos los días cuando te levantes de la cama: «Hoy no me voy a levantar con unas orejas de plástico, hoy voy a utilizar las mías de verdad, las que sirven para escuchar». Si tenemos dos orejas y una boca será por algo, ¿no crees? No quieras dominar todas las conversaciones y guarda silencio para dejar lugar a los demás.

—Creo que está exagerando un poco, tampoco creo que me haya comportado de esa manera tan despreocupada.

—¿Exagerando? ¿Acaso escuchaste la suplicas de los numerosos empleados a los que despediste sin ningún tipo de miramiento?

Guardé silencio.

—¿No, verdad? Pues ellos estaban todos los días llamando a la puerta de tu oficina. ¿Crees que yo me he sentido escuchado todos estos años cuando veía que mis cartas eran tiradas a la basura?

No encontraba defensa alguna para sus acusaciones.

—Y sobre todo, ¿crees que me has prestado atención desde que he llegado a tu casa?

Para eso sí encontré una respuesta que me pareció acertada.

—Creo que me dará la razón si le digo que la situación que me plantea no es del todo conveniente para estar relajado y atento a una persona.

—Eso no es más que otra excusa. Ya te he dicho varias veces que si cooperas no tienes nada por lo que preocuparte. Marcos, ¡escúchame! Desde que he llegado intento hacerte comprender todo aquello que no has visto a lo largo de tu vida. Solo así puede llegar una persona a acercarse al bienestar personal y a la felicidad para disfrutar de ella. No puedes ni imaginarte cuánto habrías podido aprender si hubieras escuchado mis consejos en su momento… y ni te puedes imaginar cómo te habría cambiado la vida si hubieses escuchado de verdad a los demás. Y te lo digo en serio, no pienses en todo esto como una exageración para hacerte sentir culpable. Contéstame tú, si no: ¿cómo habría sido tu vida de diferente si hubieras prestado atención a tu mujer cada vez que te miraba a los ojos y te decía «Te quiero»?

5
LA ANTORCHA

La Antorcha

El simple hecho de recordar esas palabras de los labios de mi exmujer hizo que un dolor punzante me atacara el pecho. El pulso se me lanzó a las bravas.

«Te quiero…»

¿Cuánto tiempo había pasado ya desde la última vez que escuchaba esas palabras?

Hice un viaje espaciotemporal y me vi de nuevo en aquella hamburguesería de mala muerte, donde los perritos calientes y las hamburguesas no eran más que un amasijo de carne con mucho olor y poco sabor; una mezcla de texturas grasientas que solo podía digerirse con la ayuda de la belleza de la que, para mí, era la camarera más bonita del planeta.

No sé si lo he dicho ya, creo que sí: nunca me vi caracterizado por mi sobrada valentía, pero ya saben, supongo que la actividad hormonal que bullía en mi interior con diecisiete años me echó un cable para dar el paso de invitarla a cenar.

En aquel garito, Noah me robó el corazón, la respiración y el sueño.

Parece mentira cómo un par de ojos azules y una amplia sonrisa pueden hacer que un niño pierda la cabeza. Las mujeres tienen un instinto infalible para saber cuándo un hombre se ha enamorado de ellas perdidamente, especialmente, si el varón en cuestión es tonto de capirote y menor de edad. Instinto animal de reproducción que lo llaman, pero bueno, que más les voy a contar, éramos jóvenes y nos pertenecía toda una vida llena de ilusiones por delante.

No recuerdo que, con esa edad tan temprana, fuese tan obsesivo con los estudios ni con el trabajo como lo iba a ser años más tarde. Y quizás fuera por eso por lo que Noah terminó enamorándose también de mí. Pero montar una empresa propia trae más quebraderos de cabeza de lo que me podía imaginar y aquello absorbió por completo mis ocupaciones. El teléfono móvil sonaba de forma incesante. Y lo malo no era el estridente e incómodo timbre que me perseguía a todos lados, si no lo peor de todo, es que yo pretendía contestar a todas esas llamadas a cualquier hora del día. Respondía mientras estábamos

viendo una película en el cine, respondía mientras cenábamos en un restaurante, respondía cuando estábamos en la cama. Y con cada interrup-ción mi mujer se quedaba más callada, menos cariñosa, más distante.

«Estas demasiado ocupado con tu propia vida como para formar parte de la mía», me dijo Noah en una ocasión.

¿No se daba cuenta de lo exigente que era mi trabajo? Era necesario que invirtiera tantas horas en mi propia empresa si queríamos vivir en una casa como aquella, mantener los dos coches que teníamos, seguir comiendo en buenos restaurantes… Con el tiempo descubrí que todas aquellas cosas a Noah le importaban un pimiento.

Sé perfectamente que ella y yo nos amábamos, o al menos lo habíamos hecho en un principio, por eso cuando me anunció que quería la separación legal fue como si el universo entero se me hubiese echado encima.

Había volcado mi vida en la editorial La Pluma, donde creía que tenía mi futuro, la herramienta para tener una vida plena.

¡Qué equivocado estaba!

Había dedicado media vida a gastar todos mis esfuerzos en mantener aquella editorial a flote, y ni siquiera gastaba un solo minuto al día para disfrutar de mi mujer. Para preguntarle cómo le había ido el día, o simplemente, devolverle uno de esos calurosos besos que me regalaba mientras estaba liado con el papeleo en la oficina de casa (sí, como si no fuese poca la del trabajo también me hice una oficina en mi propia casa). Incluso recuerdo que en algunas ocasiones Noah me dejaba caer de forma insinuante la idea de tener un hijo, pero yo tampoco tenía tiempo para ese tipo de asuntos.

De súbito, fui consciente de que llevaba unos segundos mirando al vacío, pensativo, mientras que el viejo fumaba a placer su tercer cigarrillo y observaba mis reacciones como el que está viendo un espectáculo en el teatro.

Aún no sabía quién era aquel viejo, ni estaba del todo seguro de qué hacía allí. La idea del desequilibrio mental de ese anciano seguía rondándome la cabeza. Vale. Aquel viejo estaba como una cabra, pero paradójicamente me daba la corazonada de que debía de tener amplios conocimientos de psicología, ya que aquella madrugada estaba jugando con mis sentimientos como le daba en gana.

—Tranquilo, Marcos, que no estoy aquí para jugar contigo. —Volvió a sorprenderme el viejo—. Como ya he intentado decirte varias veces, estoy aquí para abrirte los ojos y en este caso, para destaponarte también las orejas —el viejo rio fugazmente ante su propia broma. Maldita la gracia que a mí me hizo el chiste. Continuó con tono grave—. Bueno, Marquitos, alegra ese semblante. Todo esto que te está pasando esta noche te parecerá algo violento, pero estoy seguro de que antes de irme terminarás comprendiéndolo todo.

Yo seguía sumido en mi mutismo. No quería decir nada, no me apetecía. Observaba al viejo sentado frente a mí. Escuchar, conocerse, comprender… pero yo no entendía nada. El abatimiento se había apoderado de mi espíritu, y la premisa de «que sea lo que Dios quiera» iba a ser mi forma de actuar a partir de ese momento. Me vi incapaz incluso de pensar en otra forma de escapar de aquella situación. ¡Incapaz de pensar! ¿Quién lo diría?

Desde que vi a aquel viejo por primera vez, no había hecho otra cosa que la de invadir mi intimidad. Por si no fuese poco el allanar mi morada, había indagado sobre mi pasado haciéndome recordar la mierda que había estado acumulando en estos últimos años, y no solo se conformaba con hundirme de tal manera, sino que encima parecía adivinar cada uno de los pensamientos que pasaban por mi cabeza.

Escapar de aquel tipo parecía tarea imposible.

No me quedaba otra que la de «escuchar» atentamente las palabras que aquel viejo tuviera que decirme, leerme cuantos cuentos le diera en gana y decirle lo profundamente arrepentido que me encontraba de todo aquello.

No me quedaba otra.

Aquel viejo debía de darse por satisfecho tarde o temprano, o cansarse de un momento a otro. Eran las tres y cuarto de la madrugada, hora incómoda para estar debatiendo sobre el comportamiento humano. Bueno, mejor dicho, sobre el comportamiento de un humano. El mío.

Que sí.

Que mi vida había sido un desastre y nunca supe apreciar lo que tenía entre mis manos, que no solo no había sido capaz de gestionar mi propia empresa, sino que tampoco lo había hecho con mi vida. Y qué más da. Eso ya lo sabía yo, no hacía falta que viniera ningún intruso con aires de saberlo todo sobre la vida para recordármelo y

darme lecciones de moralina.

En mi cabeza volvieron a resonar las suaves palabras de mi exmujer.

«Te quiero».

Un escalofrío me recorrió desde las uñas de los pies hasta los pelos de la cabeza. Si solo hubiese una mínima posibilidad de volver a recuperarla…

—Está bien. Intentaré prestarle toda la atención que pueda y escuchar sus palabras, pero tengo algunas condiciones para ello.

El viejo asintió levemente con la cabeza mientras soltaba una enorme nube de humo apestoso. Estaba claro que aquel personaje debía tener una alta tolerancia a esa droga de la que no paraba de fumar. Después de estar casi dos horas inhalando ese olor nauseabundo, mis pituitarias casi se habían acostumbrado al pestazo de los cigarrillos.

—La primera condición es que cuando usted termine, se vaya de mi casa y me deje en paz para el resto de los días.

—Eso es precisamente lo que tengo intención de hacer —contestó el viejo dedicándome una sonrisa hermética.

—Y la segunda, es que retire ese revólver y deje de apuntarme de una puta vez. Así no hay quien se centre.

El viejo miró su falda, donde descansaba el puño cerrado sobre el pistolete del arma de fuego.

Volvió a mirarme y soltó una inesperada carcajada.

Aquel tío se lo estaba pasando en grande.

—Digamos que esta arma no es otra cosa que un seguro para que me escuches con atención. Evita que quieras sorprenderme arrojándome papeles en la cara para salir corriendo y esas paridas que se te ocurren —dijo a la vez que me dedicaba un arrugado guiño de forma amistosa.

El viejo de los cojones conocía cada rincón de mi cerebro.

Intenté negociar.

—Ya le he dicho que voy a escuchar. Le aseguro que es del todo innecesario que me esté amenazando con esa pistola.

—Contéstame entonces a una pregunta —el viejo le dio una calada al cigarrillo, haciendo uso de otro de esos instantes de incertidumbre que tanto le gustaban—. Si cualquiera de tus empleados se hubiese colado en tu oficina con una pistola cuando te aconsejaban sobre el futuro de tu empresa, ¿le habrías tomado por el pito del sereno como lo hacías?

Ese maldito viejo tenía salida para todas.

—Hasta que no esté seguro de que me prestas la atención que merezco, no voy dejar de apuntarte con esta pistola. Y parece que surte efecto, no podrás negarlo. Una de estas debería de haberse comprado Noah para llamar tu atención, ¿verdad?

Por un momento me imaginé junto a mi exmujer tirados en la cama, mientras ella me apuntaba con una pistola en los huevos y me contaba cómo le había ido el día. Aquella imagen duró un microsegundo y se esfumó en un visto y no visto.

No deberían de hacer falta pistolas para estar acojonado y escuchar al que tienes al lado. Sobre todo para escuchar a la persona que amas.

Estaba ensimismado en mis pensamientos cuando di un fuerte respingo en la silla al encontrarme con una mancha blanca que se acercaba hacia mi rostro.

El viejo había cogido otro puñado de folios de su maletín sin que me hubiera dado cuenta y ahora me los estaba acercando hasta casi ponérmelos en las narices.

Los agarré por instinto.

—Lee —dijo el viejo mientras me sonreía y acariciaba de forma burlesca la corredera de la pistola con la otra mano.

Pocas ganas me quedaban ya de batallar y resistirme a las peticiones del anciano de barba blanca, así que agaché la cabeza y volví a perderme entre la limpia y segura caligrafía de aquel supuesto escritor frustrado.

En una pequeña pero milenaria aldea vivían los soibas. Una tribu rudimentaria, cuya única religión era la naturaleza y su ética, los instintos más primitivos. Las pocas decenas de habitantes que formaban esta aldea compartían la misma rutina: cazar, comer, dormir y reproducirse. Cazar, comer, dormir y reproducirse. Reproducirse, reproducirse, reproducirse y reproducirse. Día tras día, año tras año, generación tras generación este había sido el humilde y monótono estilo de vida de la tribu de los soibas, apenas alterado por los juegos y granujerías de los dos niños más jóvenes de la aldea.

Tiwu y Miha, esos eran los nombres de los dos renacuajos que correteaban por aquí y por allá entre las chozas de adobe con la única protección de un taparrabos y la benevolencia de sus dioses.

Cuando la vida se reduce a tan poco, y lo poco a la simpleza, cualquier asunto imprevisto fuera de lugar cobra especial relevancia en este tipo de comunidades tan reducidas. Por ello cuando el pequeño Tiwu cayó enfermo de gravedad, la aldea entera fue víctima de un descontrolado alboroto.

Sobre la espalda del viejo chamán pesaba una respetada reputación de varias generaciones atrás, ya que era el único que podía estar en contacto directo con los dioses de la tribu. Mediante su divino poder había librado en varias ocasiones a la aldea de la implacable sequía, había protegido durante décadas enteras a sus habitantes frente a los percances que pudieran provocarse de la peligrosa actividad de la caza y había curado a más de un soiba que ya se mostraba más cercano de la muerte que de la vida.

Sin embargo, en esta ocasión no encontraba cura alguna frente a la extraña enfermedad del pequeño Tiwu. Después de jornadas enteras de retiro espiritual, de hacer uso de sus habilidades mágicas, de practicar decenas de rituales ancestrales y de suplicar de manera temblorosa a sus dioses, no le quedó otra que rendirse a la evidencia y salir a anunciar a su aldea:

«El pequeño Tiwu está contagiado de una de esas enfermedades del demonio, no le queda otra que la muerte».

Todos los soibas, ante la repentina noticia, empezaron a clamar al cielo y a pedir la salvación del pequeño Tiwu. Todos menos uno. Todos menos Miha, cuya inocencia infantil no le dejaba creer que su amigo del alma fuese a morir.

Entre repetitivos rituales sin respuestas y abundantes ofrendas para la

madre naturaleza, el viejo chamán no desistía en su empeño y seguía estudiando de forma incansable alguna cura para el pequeño Tiwu.

Pero éste sólo hacía empeorar en su terrible enfermedad.

Un día, entre punzantes dolores y fiebres altísimas, Tiwu, aburrido de estar encerrado en su choza, salió a pasear por la aldea acompañado de su amigo Miha. Apenas podía mantenerse en pie. Y, en tal estado, no era para nada reco-mendable que saliera a la intemperie, pero de alguna manera, el chamán había perdido ya toda esperanza y no encontraba obstáculo alguno para dejar que el pequeño disfrutara de esos últimos regalos de la vida. Además, el joven condenado contaba con la inseparable ayuda de su amigo Miha. Lamentó que ya no corretearan de un lado para otro repartiendo felicidad por toda la aldea.

Los amigos caminaron a duras penas hasta el chamán y el consumido Tiwu le dijo con un atisbo de esperanza en los ojos:

—Respetado chamán, me encanta pasear por estas tierras, escuchar el canto de los pájaros, oler las flores y ver a las fieras correr como centellas. Me encanta esta aldea y no me quiero ir de aquí. ¿Hasta cuándo cree que voy a seguir con vida, mi gran chamán?

El viejo chamán tuvo que hacer esfuerzos por ocultar las lágrimas que le produjo la inocencia del pequeño. Volvió la cara hacía el cielo para disimular, y las deidades de la tribu tal quisieron que su mirada se posara en algo que le llamó la atención.

Entonces le dijo al niño:

—¿Ves esa estatua del dios Noisuli? —dijo señalando la escultura de piedra que permanecía en la zona central de la aldea—. Pues esta noche voy a encender una antorcha en tu nombre y voy a suplicar a nuestro Dios que mientras esa llama se mantenga encendida, tú sigas conservando la vida. Estoy seguro de que nuestro Dios velará porque la llama de la antorcha dure lo suficiente como para que disfrutes de todo lo que te rodea.

Contra todo pronóstico, el pequeño Tiwu sonrió.

En su mente nació la imagen de una antorcha encendida en el centro de la aldea. Confiaba en su Dios y al menos ahora tenía una esperanza que antes no tenía, la de seguir viviendo durante unos días más.

De esta manera, aquella noche el chamán hizo reunir a todos los soibas en la zona central de la aldea, frente a la estatua, donde con un

pomposo ritual se colocó una antorcha encendida en la mano del dios de piedra mientras todos los aldeanos danzaban en honor al joven Tiwu.

—¡Que mientras esta antorcha mantenga su llama encendida, el pequeño Tiwu siga con vida! — clamó el chamán al cielo. Toda la aldea repitió con fuerza.

Tiwu y Miha se abrazaron.

Y la danza del ritual continuó hasta bien entrada la madrugada.

Unos días más de vida pueden parecer cosa insignificante, o al menos, insuficiente para contentar un niño al que le corresponde toda una vida por delante. Pero para alguien que sabe que la muerte está próxima, unos momentos de seguridad pueden ser el mejor regalo del mundo.

Y de hecho lo fueron.

El pequeño Tiwu intentaba aprovechar esos días al máximo y ya no se le veía cojear por la aldea. La misma ilusión pareció devolverle el color a la palidez de su rostro y las ganas de reír volvieron a aflorar en su espíritu.

Cada día, una nueva aventura.

Una nueva oportunidad.

A pesar de querer disfrutar cada momento como si fuera el último — de hecho podía serlo— dedicaba diez minutos todas las noches a meditar, sentado frente a la antorcha, mientras observaba la belleza de su llama acompañado de su inseparable amigo Miha. El poder divino de los dioses era incuestionable en aquella tribu. No cabía ninguna duda de que su vida dependía ahora solo y exclusivamente del capricho de los dioses y de la llama de aquella antorcha.

—La antorcha lleva ya dos días encendida… ¿Cuánto tiempo crees que seguirá ardiendo la llama?

—Estoy seguro de que durante mucho tiempo más, Tiwu, confía en los dioses. Ellos harán posible que esta llama perdure en el tiempo —le contestó Miha con el deseo de animar a su amigo.

De esta manera, cada noche se reunían para observar aquella llama danzante en la mano del dios de Piedra. Aquella rutina no era más que una forma de agradecer, de apreciar lo simple que puede llegar a ser la felicidad de una persona: que la llama de una antorcha siga encendida.

Aquella esperanza, aquella nueva oportunidad de vivir unos días más hicieron que el pequeño Tiwu mejorase a velocidades inesperadas. La palidez de su rostro había desaparecido, las altas temperaturas y los escalofríos que azotaban su enclenque cuerpo parecían haberle abandonado, incluso se le podía ver un poco menos famélico.

La esperanza hace milagros.

Pero para milagro el que ocurrió en aquella tribu.

Porque la antorcha después de siete días seguía encendida, y lo más sorprendente e intrigante de todo esto, es que ardía con la misma viveza con la que lo hacía desde el primer día. La llama no había consumido apenas parte alguna de la antorcha.

Los rumores empezaron a brotar por la aldea. «Tiwu está bendito por los dioses». «Los dioses no quieren que Tiwu nos abandone». «Esto es un milagro, el pequeño Tiwu vivirá por siempre».

Lo mágico de la historia es que ese séptimo día pasó. Al igual que las semanas que le sucedieron, los meses e incluso los años.

Y esa antorcha no se apagaba por más que pasase el tiempo.

Aquello se convirtió en un nuevo milagro de los dioses para contar a los nietos, y Tiwu, sano ya como una fruta, seguía creciendo sin dejar de agradecer un rato cada noche aquella llama que le devolvió la vida.

Y que le permitió hacerse viejo.

Gracias a la benevolencia de los dioses, Tiwu, anciano ya, había podido disfrutar de una vida plena y llena de buenos momentos. Pero de la edad y sus achaques no se libran ni los hombres más primitivos. Él no lo sabía, pero su próstata no era la misma que cuando era un niño y fue una noche, justo después de despedirse de su inseparable amigo Miha, cuando unas ganas irrefrenables de orinar lo sacaron apresuradamente de la choza en la que dormía.

De forma inevitable, siempre que salía al exterior su mirada iba sola al centro de la aldea en busca de la llama encendida que le mantendría con vida, pero aquella noche, vio algo que no se esperaba.

Una sombra extraña acechaba la antorcha que su Dios mantenía agarrada con la mano.

Como alma que lleva el diablo, el viejo Tiwu salió corriendo con el

afán de defender la llama de aquel que quisiera atentar contra ella. A pesar de haber disfrutado de una larga vida y poder contar más de sesenta años, no estaba dispuesto a que nadie le arrebatara lo que le pertenecía.

Cuál fue su sorpresa cuando al llegar, jadeante y sudoroso a la zona central de la aldea, su fiel amigo Miha, arrugado también por el paso de los años, se daba la vuelta sorprendido ante la presencia de su amigo Tiwu.

En su mano llevaba una antorcha casi consumida. La que había cambiado por una totalmente nueva y ardiente.

Sí.

Como lo había hecho durante todas las noches de los últimos sesenta y tantos años.

Cuando terminé de leer el cuento, levanté la cabeza y dirigí una mirada llena de desconcierto al viejo.

—Marcos, no me vengas ahora con caras de haba. Este cuento está escrito para ti, para mostrarte que el asunto no solo consiste en esperar ser amado, si no en amar a los demás; y no te hablo del amor de película entre hombre y mujer, sino del amor que debemos de demostrar al prójimo. Un amor mucho más primigenio, más básico.

Supongo que mi cara debía de seguir siendo la de «mí no comprender».

—Verás, Marcos. —El viejo se inclinó un poco hacia delante, como si hiciera esfuerzos por explicarme aquello de la mejor manera posible—. Volviendo al tema anterior, es imposible que escuches de verdad, que tomes atención a una persona si no conoces el verdadero significado de ese verbo tan ambiguo. Amor es desear lo mejor, amor es dedicar el tiempo a los demás, amor es dar todo lo que se tiene por alguien. Estoy seguro de que a lo largo de tu vida has estado rodeado de personas que merecían este amor por tu parte. Y no, no solo te hablo de tu exmujer.

Efectivamente, me vino a la memoria la imagen de mis padres. Ambos murieron sin que hubiesen disfrutado de una muestra de cariño por mi parte y sin haber escuchado un simple «os quiero» de mi boca. Ellos siempre estaban atentos a mí, a todo lo que me pasaba. Habían regalado sus años de juventud al cuidado de un hijo que años más tarde casi que se olvidaría de ellos. Cuánto sacrificio, trabajo y

dedicación había recibido solo a mi persona…

Yo no había mostrado nada de eso con ningún otro ser humano.

Me acordé también de don José Luis, mi profesor de cuarto de primaria. Un hombre fantástico, que hacía de su trabajo un estilo de vida, una manera de ser feliz y hacer felices a los que le rodeaban. Miraba a sus alumnos como si de sus propios hijos se tratase. ¿Cuánto tiempo de su vida habría dedicado ese hombre a que las pequeñas personillas que tenía a su cargo aprendiesen?

Como si de un carrusel se tratase, pasaron una detrás de otra las imágenes de personas que habían mostrado interés por mi bienestar a lo largo de toda mi vida. Parecía mentira que hasta ese momento no había reparado en que existían muchas personas a las que le debía bastante: mis abuelos, mis tíos, compañeros de Universidad, del trabajo, profesores, amigos, mis padres…

Entonces nació en mí un deseo irrefrenable de agradecer, de devolver de alguna manera uno por uno todas las buenas obras que había recibido de ellas. Lamenté que era demasiado tarde para mostrar mi agradecimiento a algunas de estas personas.

—Así es, Marcos, desgraciadamente, cuando la mayoría de nosotros nos damos cuenta, ya es demasiado tarde para actuar, así que una sabia manera de comportarse es la de apreciar al momento la persona que se lo merece. Ama a la persona que aporta algo a tu vida, y aparta de ti a aquellos que buscan solo destruirla.

Una enorme melancolía me embargó el ánimo cuando descubrí que muchas veces había tratado mejor a algunos de mis amigos que a mi propia familia. Amigos, o lo que yo creía que eran. Recuerdo que a mis veinte años tenía en un altar a Carlos, un compañero con el que me lo pasaba en grande. Cada vez que salía de marcha con él, era para emborracharnos como cosacos o para perder la paga de un mes en el casino.

Se me revolvió el estómago al evocar la admiración que tenía hacia aquel supuesto amigo que solo conseguía alejarme aún más de mi propia vida. Hacía lo que él pidiera sin rechistar, y lo hacía porque me parecía lo correcto. ¿Para qué estudiar el fin de semana si podía desfasarme en una discoteca?

Ahora me daba cuenta.

Cuánto tiempo les había dedicado a los amigos de ese tipo, y

cuántas veces había olvidado que mis padres se quedaban solos en casa.

—Como en la historia de este cuento —continuó el viejo—, diariamente se debe de renovar esa antorcha, dedicar un rato todos los días a la persona que se lo merece. Mantener esa llama encendida es lo que hace posible que la amistad y el cariño perduren en el tiempo.

El viejo hizo una pausa y yo, sin darme cuenta, asentía a sus palabras con un movimiento de cabeza.

—Aunque parezca paradójico —continuó el viejo mientras me dedicaba esa sonrisa paternal—, es más sabio actuar con el corazón que con la razón. La razón suele estar contaminada por la corriente y los hábitos de la sociedad, adulterada por lo que el mundo quiere que nosotros pensemos.

Esa era la primera idea que había intentado transmitirme aquel viejo, la de ser auténtico, conocerse y ser sincero con uno mismo. Empezaba a encontrar lógica a todo aquello.

No había hecho caso de mí mismo en ningún momento de mi vida, nunca había escuchado a mi corazón. Mi vida nunca había marchado del todo bien, pero ahora, gracias a ese viejo del demonio, era más fuerte la sensación de haber dedicado toda mi ambición a algo que no guardaba toda la importancia que yo pensaba. A algo que realmente no me apetecía hacer.

Estar trabajando las veinticuatro horas del día.

No debía haber escatimado en dedicar tiempo de calidad a Noah. Ella había llevado toda la carga de la relación, y por primera vez en mi vida, deseé tener parte de esa carga. Intervenir en nuestro amor.

Seguía amando a Noah.

El viejo volvió a escupir otra de esas sonoras e inesperadas carcajadas, haciendo que volviera a la tierra y aterrizara desde lo más alto de mis pensamientos.

—Bueno, parece que empiezo a conseguir parte de tu atención. Así que voy a aprovechar ahora que no tienes tantas ganas de salir corriendo —volvió a reír el viejo mientras sacaba más folios del maletín de cuero.

Giré la cabeza y miré el reloj que colgaba encima de la repisa del

televisor.

Las tres y veinte de la madrugada.

—No te preocupes por la hora, Marcos. Has tirado muchos años de tu vida a la basura. Que pases un rato más conmigo no te va a suponer mayor problema, te lo aseguro —me dijo el viejo a la vez que me ofrecía una nueva historia que leer.

6
EL REFLEJO

El Reflejo

Posiblemente se tratase del alcalde más testarudo de la historia. Concejales, delegados, amigos e incluso familiares hicieron todo lo posible por hacerle entender que ese pueblo era demasiado pequeño como para montar una feria medianamente decente. Pero este alcalde tenía excesivo aprecio a los votos de sus ciudadanos, y buscó sitio y dinero de donde no lo había para llevar a cabo su idea.

«Con una feria, los habitantes de este pueblo estarán más contentos con su alcalde».

Ese año hubo feria en el pueblo. Sus ciudadanos desbordaban entusiasmo y alegría, niños o adultos, ambos por igual, reían y bailaban orgullosos de su feria.

«¡Viva nuestro alcalde! ¡Viva!»

Sin embargo, los animales del circo no tenían tantas ganas de vitorear al que tuvo la dichosa idea de montar esa feria en un espacio tan reducido. Apenas había sitio para instalar las jaulas de los animales, por lo que les tocó dormir a todos juntos en la carpa del circo. Ello no hubiera acarreado mayores problemas si no hubiese sido porque los ronquidos del elefante hacían del descanso allí dentro tarea imposible.

La jirafa no sabía dónde meter la cabeza.

El oso no paraba de dar vueltas de un lado para otro intentando conciliar el sueño.

Y el león no hacía más que rugir protestas con el mal humor que lo caracterizaba.

A la tercera madrugada, el oso, desesperado y dando por imposible dormir en aquella carpa otra noche más, se acercó al mono.

—Esto es inaguantable, mono, aquí no se puede pegar ojo. Debemos de hacer algo con este elefante para que deje de roncar.

—¿Hacer qué? ¿Quieres molestarle entre sueños para que se levante malhumorado y te aplaste con una sola pata? ¿O quieres cogerlo en brazos y sacarlo de la carpa? —contestó el mono, que era tratado como el más inteligente de los animales—. Con el elefante no puedes hacer nada, oso.

Sin embargo, he visto que saliendo de la carpa, a unos metros, hay una caseta al lado del tiovivo. Quizás allí se pueda descansar lejos de los ronquidos del elefante.

—¿En serio? ¡Eres el mejor mono que he conocido nunca! Siempre tienes soluciones para todo —contestó el oso animado con la esperanza de poder descansar esa noche—. Muchas gracias por el consejo, iré y echaré un vistazo a la caseta que dices. Si descanso bien esta noche, te estaré eternamente agradecido.

El oso salió de la carpa en busca de una caseta cercana al tiovivo. No le costó encontrarla. Se aseguró de que no hubiese nadie cerca que pudiera verle, corrió las cortinas y entró en el recinto.

Cuál fue su sorpresa, cuando al entrar en la estancia, decenas de osos, quizás cientos de ellos, aparecieron a su alrededor.

El oso sonrió al ver a tantos amigos, y todos los demás lo hicieron también.

El oso subió una pata para saludar, y el centenar de osos le devolvieron el saludo con la misma pata.

El oso se puso de pie, y el resto lo hizo también al unísono.

El oso, divertido, estuvo jugando bastante tiempo con el resto de sus compañeros hasta que le rindió el sueño.

—Gracias, y mil gracias a mono. Gracias a él he pasado la noche más divertida de mi vida y, por si fuera poco, podré ahora descansar tranquilamente lejos de los ronquidos de elefante —pensó el oso.

Éste se recostó en el suelo, a la vez que todas sus imágenes.

No tardó en caer dormido.

A la noche siguiente, al oso se le veía más reconfortado que al resto de los animales. No tanto como al elefante, claro, que dormía noche tras noche a moco tendido. Pero descansar unas horas le fue suficiente para alegrar un poco más el semblante.

El mono, al que momentos antes el oso le había mostrado sus más

sinceros agradecimientos, observaba al león y le dio lástima ver que este no podía conciliar el sueño.

Se acercó hasta el lugar donde el león estaba tendido.

—¿Qué quieres? —le preguntó el león.

—Nada… viendo que tú tampoco podías dormir, quería comentarte que fuera de la carpa, al lado del tiovivo, hay una caseta donde el oso pudo descansar placenteramente la noche pasada. Quizás quieras acercarte y descansar allí un poco…

—¡Lo último que me faltaba! —contestó malhumorado el león—. Los consejos de un mono aburrido.

El mono no se sorprendió, ese tipo de actitud por parte del león estaba más o menos prevista.

—Vete de aquí y deja de molestarme, mono enclenque —siguió protestando mientras daba media vuelta en el suelo.

El mono se giró y volvió a su rincón donde inútilmente intentaría descansar. Sabía perfectamente que el león no tardaría en salir de la carpa.

No pasaron ni tres minutos.

—¡Bah! Si me voy es por no arrancarle de un bocado la trompa al maldito elefante —protestó el león mientras se dirigía al exterior de la carpa.

Al león tampoco le costó encontrar la caseta cercana al tiovivo, pero la sorpresa que se llevó el león fue totalmente diferente a la del oso.

Al entrar en el recinto se encontró con cientos de leones observándolo agresivamente. Al principio se impresionó, pero reaccionó enseñando los dientes mostrando así su valentía.

El resto de los leones mostraron sus dentaduras a la vez que él.

El león rugió y dio un zarpazo al aire manifestando su gran fuerza, pero el resto de leones mostraron su fuerza de igual manera.

—¡Maldito mono! —pensó el león— ¡Me ha tendido una trampa enviándome a esta caseta llena de leones enfurecidos! ¡Nunca debí fiarme de un animal así!

El león, demasiado orgulloso para salir corriendo, descargó la ira que sentía por el mono contra las imágenes de los leones.

El jaleo aquella noche superó al ruido de los ronquidos del elefante.

El león embestía contra cualquier otro que se le cruzara en su camino. Los cristales de los espejos saltaban hecho añicos, clavándosele en la piel al felino. A cada corte, un rugido más fiero que lo hacía estrellarse aún con más fuerza sobre otro león que tuviera enfrente, y más cristales afilados en la piel.

Allá donde la noche anterior el oso, agradecido con la ayuda del mono, disfrutó y descansó placenteramente, tuvo lugar la peor noche que puede pasar un león en la casa de los espejos.

Tras asentir levemente con la cabeza, víctima del subconsciente, le dije al viejo con total convicción:

—Yo soy el león.

Cada vez me sentía más hundido e impotente. Sé que toda esta historia es extraña de comprender, pero créanme que es aún más difícil de explicar. De alguna manera podía sentir cómo el poder de aquel anciano crecía con cada moraleja, con cada golpe final. No sé si su fuerza y autoridad iban en aumento, o era yo el que cada vez me sentía más insignificante tras ver demostrado, una vez más, mi absoluto fracaso.

—No hace ni diez minutos —continuó el viejo satisfecho ante mi aceptación— que estábamos hablando del amor y de los infinitos significados que este concepto puede tener. Ahora te muestro otro: el amor a la propia vida. No a las mujeres, a los familiares o a los amigos. No. Si no amar y estar en concordancia con el propio Universo que te rodea. No creo que haya nada más sencillo de comprender, pero a la vez, tan complejo de llevar a cabo. Querer a la propia vida, aceptar todo lo que ésta tiene deparado para nosotros, estar en perfecta armonía con todo lo que nos rodea y lo más importante, dar las gracias. Agradecer en cada momento todas las oportunidades que se nos brinda, aunque en algunas ocasiones nos

cueste comprenderlas o apreciarlas.

—¿Pero cómo voy a dar las gracias por algo que no puedo llegar a comprender? ¿Gracias por quedarme sin trabajo? ¿Gracias por ver morir a mis padres? Todo es muy fácil y muy bonito en los cuentos…

Por primera vez en la noche el viejo asintió, y por un momento pensé que iba a estar de acuerdo con mi opinión. Tiró la boquilla consumida al suelo del salón y la aplastó con el pie derecho. Me estaba dejando el suelo hecho un asco.

Se inclinó hacia delante para dedicarme las siguientes palabras:

—Es cierto, no es nada fácil permanecer cada instante de la vida conforme con todo lo que nos ocurre. Pero esto no quiere decir que no sea posible estar en armonía con ella. Marcos, haz memoria, yo puedo asegurarte que te has pasado la vida entera peleado con tu propia existencia. Si no era por el trabajo, era porque no tenías la mujer que esperabas, o porque el conductor del autobús de esa mañana era el más torpe sobre la faz de la Tierra. El caso es que día tras días, siempre tenías una excusa para estar enfadado o peleado con el mundo. De esto es precisamente de lo que te hablo. Que sí, que todo esto es muy fácil cuando se dice aquí sentado, en tu salón mientras leemos un par de cuentos. Pero, Marcos, mírame. Es posible adquirir el hábito de la gratitud, créeme que sé de lo que hablo. —El anciano hizo una pausa para encenderse otro cigarrillo y disfrutar de un par de caladas—. Después de todo, estos conceptos de los que te estoy hablando son el único medio para hacer de esa minúscula cosa insignificante que llamamos vida una experiencia válida y gratificante.

En cierto modo aquel viejo se estaba acercando a conseguir su objetivo.

Sin darme cuenta, cada vez me mostraba más atento a sus palabras.

No eran para menos.

Observé su recta postura en mi sofá y volví a reparar en su humilde vestimenta: la rebeca negra mal abotonada sobre una camisa de rayas lisas, unos pantalones de raso oscuros y unas sandalias de cuero… y las manos, en las que no me había fijado hasta ese momento de la noche: amplias, muy grandes, hinchadas y llenas de callos curtidas por el trabajo. Me sobrevino la impresión de que aquel hombre debía de haber tenido una vida modesta y llena de sinsabores.

¿Qué habría llevado a una persona de apariencia tan humilde a dedicar tanto tiempo a que otro aprendiese las lecciones de la vida?

¿Por qué tenía tanto interés en hacerme ver estas experiencias?

¿Por qué a mí?

¿Sería yo la única persona por la que el viejo había sentido interés o habría más desgraciados como yo?

Me percaté de que hacía tiempo que mi atención se había olvidado de la pistola.

—El proceso para llegar a conseguir este hábito de dar las gracias por todo puede parecer muy costoso —continuó el viejo—. Pero los resultados son para el resto de los días. Me darás la razón si te digo que todo en esta vida es práctica, trabajo y madurez, y solo de esta manera, podremos llegar a conseguir nuestros objetivos. Querer es poder, amigo, solo necesitas dar el paso. Dar el paso y querer plantearte estos nuevos objetivos de los que te estoy hablando. Estoy seguro de que si lo hubieses hecho mucho antes, habrías llevado un estilo de vida mucho más placentero y sobre todo, más saludable.

Aunque solo fuese por llevar la contraria contesté:

—Entonces, si a partir de ahora empiezo a ver la botella medio llena y comienzo a resaltar únicamente el lado positivo de las cosas y a agradecer todo lo que me ocurra, según usted, las cosas me irán de puta madre y la vida solo tendrá sonrisas para mí.

El viejo disfrutó de esa hierba de dudosa procedencia antes de contestarme.

—La vida, querido amigo, es una sucesión de elecciones que luego hay que asumir. No se trata de que la vida te sonría, Marcos, se trata de que seas tú el que le sonrías a la vida.

Mientras mi mente hacía esfuerzos por pararse unos segundos y meditar sobre las últimas palabras, pasaron por mi cabeza varias preguntas que automáticamente respondía y describía cuál había sido el estilo de vida que había decidido llevar en los últimos años de mi vida.

¿Cuántas veces había compartido la alegría de la prosperidad de alguno de mis empleados?

¿Cuándo había disfrutado con la inocente felicidad del autor publicado por mi editorial?

¿Cuándo había gritado a los cuatro vientos que tenía la mejor mujer del mundo?

La respuesta era sencilla.

Nunca.

El viejo me observaba. Satisfecho. Sonriente.

Ya fuese por la impertinencia de la hora o porque cada vez era más consciente de que aquellas palabras contenían mucha verdad, comenzaba a ofrecer menos resistencia a las enseñanzas del viejo que progresivamente, dejaba de ser un intruso en mi casa. Después de todo, algo estaba aprendiendo aquella noche.

¿A escuchar, quizás?

Entre estos pensamientos volví a sentir de nuevo esa extraña percepción de estar frente a alguna persona especial. Alguien con una lucidez mental y una sabiduría fuera de lo normal.

La fuente de esa sensación manaba de su mirada.

De sus ojos.

Mientras el viejo se centraba en disfrutar de la droga volví a indagar en la profundidad de sus pupilas, negras y oscuras. Por un momento me vi inmerso en la profundidad de su negrura, sin hallar nada más relevante que una leve, pero certera sensación de que en su interior, en el fondo de aquella oscuridad, residía un conocimiento y una fuerza que aún no había descubierto.

De súbito, mis sentidos se agudizaron y el tictac del reloj colocado sobre la pantalla apagada del televisor resonó en mi cabeza como si se hubiese acabado de poner en marcha.

Miré el reloj: Las manecillas marcaban las cuatro y cinco de la madrugada.

Estaba realmente cansado, somnoliento, aturdido.

—Son las cuatro de la mañana, tengo sueño… mi mujer me dejó porque probablemente haya sido el peor marido del mundo, no tengo trabajo porque nunca supe apreciarlo, y no solo eso, sino que he

dejado escapar cuarenta y dos años de mi vida para acabar solo, pudriéndome en mi casa. Dígame por favor, qué lado positivo puedo sacar yo de todo esto. ¿Qué puedo agradecerle yo a la vida en estos momentos?

El viejo le dio una larga calada al cigarrillo mientras levantaba la cabeza exageradamente para mirar el techo. Expulsó el humo e inesperadamente, dejó la pistola con la que me había estado apuntando toda la noche sobre la mesita que se interponía entre nosotros dos.

—Da las gracias a la vida porque me haya traído hasta aquí, hasta tu casa, para conseguir que salga de tu propia boca lo que hasta hace unos días ni siquiera se te habría pasado por la cabeza.

7
EL VIAJE

El Viaje

Con las manos apoyadas en las rodillas observé con ojos atentos cómo el viejo se deshacía de la pistola y la colocaba en la mesita de madera que nos separaba.

Me quedé observándola reducido a pasmarote. Mi menté intentó pensar velozmente y descubrió que, si quería, podía alcanzar el arma rápidamente y amenazar a aquel viejo para que se fuese de mi casa; ya no había nada que me obligase a que siguiera allí sentado en contra de mi voluntad.

Sin embargo, había algo en todo aquello que no me permitía salir corriendo o apuntar al viejo con el arma de fuego. Creo que no fui consciente hasta ese mismo instante, en el que me percaté de que aquel hombre empezaba a transmitirme algo que no había sentido en toda la noche: respeto.

Contra todo pronóstico, yo quería seguir escuchándolo.

Ya no me apetecía huir.

Quería quedarme allí para saber quién era aquel tío en realidad.

—Si quieres puedes quedarte con la pistola —dijo mientras yo estudiaba el arma boquiabierto—, ya no me es necesaria.

Levanté la cabeza y vi que el viejo me dedicaba otra de esas sonrisas veladas por la larga barba cana. Una vez más me sentía como una marioneta en sus manos. Pero por alguna razón que solo aquel viejo sabe, decidí obedecerle: alargué el brazo y agarré la pistola.

Podía hacer como… unos veinticinco años desde que había hecho el servicio militar en el cuerpo de Infantería de Marina. No recordaba apenas nada de lo que aprendí sobre armamento en la milicia, pero sabía que el cargador de este tipo de armas salía disparado con solo pulsar un pequeño botón que suele encontrarse en el pistolete. Mantuve el revólver durante unos segundos entre mis torpes manos, no sabía cómo agarrarla ni para dónde apuntar con el cañón sin molestar a aquel tipo. Para mi sorpresa el viejo se mantenía calmado en el sofá, no parecía intranquilo ante la idea de que yo pudiese apuntarle o dispararle para acabar con todo este asunto de un plumazo.

Parecía confiar más en mí de lo que pudiera hacerlo yo mismo.

Después de marear el arma durante unos segundos entre mis dedos, descubrí lo que debería de ser ese retén del cargador, lo pulsé con mano temblorosa y una pieza asomó por la parte inferior de la empuñadura. La extraje con los dedos de mi otra mano y sentí cómo me empezaba a faltar el aire cuando vi el bloque del cargador salir de la pistola.

No se me había pasado por la cabeza en toda aquella madrugada. Ni por asomo había barajado esa posibilidad. Me quedé lívido.

El cargador estaba vacío.

El viejo se descojonaba al ver mi cara de atontado.

—Para que veas, Marcos, que las apariencias también engañan.

Quise decir algo, pero mi garganta fue incapaz de articular palabra.

—No lo olvides nunca.

Unos segundos de interminable silencio se sucedieron mientras colocaba el arma y el cargador vacío sobre la mesita.

—Lo sabía. Usted lo sabía —tenía la garganta seca y la saliva se me había convertido en serrín—. Sabía perfectamente que no iba a salir corriendo ni nada por el estilo.

—¿Crees que he llegado hasta aquí porque soy un completo imbécil, Marcos? —resopló el viejo—. Sabía que al principio ibas a intentar escapar, es normal, ¿Qué otra cosas podías hacer? He entrado en tu casa en contra de tu voluntad y te apunto con un arma. Comprensible. Pero también sabía que, si te presionaba un poco, tu falta de determinación no te dejaría actuar. Nunca has escuchado a nadie y no lo ibas a hacer conmigo, eso también lo tenía previsto, por eso necesitaba esta pistola. El arma solo ha sido una mera herramienta que me ha ayudado con ese problema de sordera que estamos tratando de solucionar.

—¿Sordera? Ha asaltado mi casa amenazándome con una pistola ¿Qué esperaba que hiciera?

—Te lo he dicho ya. Esperaba que te comportaras precisamente como lo has hecho. Presumo de conocer bien a mis víctimas.

—¿A sus víctimas? Pensé que era la única.

Me dio la sensación de ver un fugaz gesto incómodo en el rostro del viejo. Las cejas se le enarcaron y pareció apurar el cigarro en la boca para guardar silencio y tener una excusa. Pensé que el viejo se había dado cuenta de que había hablado demasiado, así que aproveché para seguir presionando a ver si conseguía sonsacarle alguna información importante.

—¿Pero por qué no me dice quién es de una maldita vez? Dígame la verdadera razón por la que ha venido. Ya no me está apuntando con el arma, ya no hay nada que me pueda retener aquí sentado —dije a la vez que me levantaba de un salto, las piernas aún me temblaban—. Si me quedo es porque tengo interés en escucharle, pero si no me facilita un poco la situación, no me queda otra opción que la de llamar a la policía.

El viejo recuperó la compostura, y con ella, su enigmática sonrisa. Ni por las bravas conseguía sacarlo de su tranquilidad y ponerlo nervioso, aunque solo fuese por unos instantes.

Él seguía controlando la situación.

No sé cómo. Pero lo hacía.

Volví a sentarme en la silla frente al viejo mientras suspiraba profundamente. Una bocanada de aire cargado del olor de ese maldito tabaco me entró de lleno en los pulmones.

—¡Y por Dios! —maldije entre tos y tos—. Deje de fumar de esa mierda tan repugnante en mi casa. ¡No aguanto más ese olor!

El viejo volvió a soltar otra de sus carcajadas que a mí no me hacían gracia ni de refilón.

Me hacía sentir como un profundo gilipollas.

—Si para seguir escuchando necesitas información, la vas a tener. Voy a comenzar explicando que es esto que fumo y que tú llamas mierda.

Dijo a la vez que se sacaba el cigarro de la boca y me lo acercaba para que lo oliera.

Eso apestaba a muerte.

—Supongo, Marquitos, que no has oído hablar sobre el Chamico —dijo el viejo mientras se divertía con mi cara de incredulidad—. Esta hierba se remonta a antes de que el ser humano tuviese pensamiento de existir. Para muchas culturas indígenas, el chamico se encuentra entre las primeras plantas creadas; es sobrenatural y posee un espíritu invencible. El caso es que el chamico siempre ha estado relacionado con los rituales y la brujería. Se dice que altera tanto el espíritu que levanta hasta a los muertos —la calada que le dio ahora al cigarro fue tan profunda que me quedé esperando a que el viejo comenzase a toser, pero no lo hizo—. Como te digo, esta hierba se fuma desde el principio de los tiempos, ya lo hacían los egipcios siete mil años antes del nacimiento de vuestra era, lo hicieron los griegos, los vikingos y la mayoría de tribus de origen indígena de nuestro planeta.

Después de darle un par de caladas en pleno silencio me acercó el cigarrillo a modo de ofrecimiento. Yo rehusé. El simple hecho de olerlo me causaba náuseas, era un olor demasiado fuerte y agrio para cualquier persona natural.

Estaba claro que el viejo disfrutaba ante mis aturdidos gestos. Al negarle rotundamente el cigarro rio con ganas.

—Haces bien en no fumar, Marcos. Se dice que esta hierba emborracha y enloquece perpetuamente. Para alguien que no esté acostumbrado al chamico o sea débil de espíritu puede provocarle el coma o incluso la muerte.

Pensé que el viejo estaba exagerando para sorprenderme, aun así, quise seguirle el juego. Me volví a levantar de la silla en dirección al ventanal con la intención de abrirlo y airear el ambiente viciado del salón. El cielo nocturno estaba despejado y una brisa fresca corría ahora por la sala. Lamenté no haber abierto la ventana mucho antes.

Mientras volvía a tomar asiento pregunté:

—¿Y por qué fuma usted algo tan fuerte? ¿No es peligroso para su salud?

—¿Mi salud? —Ahora sí, la carcajada más fuerte que salió de su dentadura perfecta retumbó en todo el salón—. Hace tiempo que dejé de preocuparme por mi salud. Tengo más años de lo que tu mente puede llegar a imaginar. La fumo porque como te he dicho antes, Marcos, esta hierba siempre ha estado presente en todos los rituales más primigenios, desde el comienzo de los tiempos.

—Sigo sin comprender.

—Marcos, esta noche estás siendo parte del ritual más antiguo de la historia de la humanidad.

Quedé perplejo durante unos instantes. Resultaría que al final iba a estar loco del todo… o quizás esa hierba le había destrozado ya medio cerebro.

—¿Ritual? ¿Qué ritual? —pregunté asustado.

—No seas impaciente. Tranquilo. ¿No te das cuenta de que te estoy contando lo que creo oportuno que sepas hasta el momento? Deja de hacer preguntas que no puedo responder ahora. Desde que me he sentado aquí he dejado las cosas muy claras, y si te digo que en su momento obtendrás respuesta, créeme, las tendrás. —El viejo aspiró del cigarrillo, el extremo tomó un color anaranjado como una fragua en el infierno, consumiéndose casi hasta el límite. Expulsó una aparatosa bocanada de humo—. Y como la cosa parece ser que va de hierbas, Marquitos, voy a mostrarte otra de mis historias, a ver qué sacas en claro.

El viejo rebuscó tranquilamente en el bolso de cuero y me ofreció otro par de hojas de papel.

Cuando las agarré, me di cuenta de que el viejo seguía llevando las conversaciones a donde él quería. Aún no me había contestado quién era ni cuál era el fin último que quería conseguir en el salón de mi casa. Estaba jugando conmigo. Pero lo peor de todo es que por alguna razón, que no conseguía explicar, yo lo permitía.

Agaché la cabeza y me sumergí en una nueva historia.

El rostro ancestral del anciano no parecía contener vida alguna de aquella manera. Sentado y con los ojos cerrados parecía ajeno a todo el universo que le rodeaba.

El joven aprendiz pertenecía a la aldea que se encontraba en la falda de la montaña. Tres días de duro sendero habían sido necesarios para ascender hasta aquella pagoda y visitar al sabio milenario.

Después de llamarlo por su nombre varias veces con sumo respeto, el anciano abrió los ojos de forma parsimoniosa, dando la sensación de que regresaba de un lugar muy lejano. El sabio se quedó observando al joven aprendiz sin mediar palabra alguna.

—Maestro, he venido hasta aquí porque creo que estoy preparado para recibir sus enseñanzas y conseguir la sabiduría plena.

El anciano no se inmutó ante las atrevidas palabras del aprendiz. Se limitó a seguir observándole durante unos segundos hasta que le tendió una mano cerrada.

—Aquí la tienes.

—¿Esto qué es? —preguntó el joven mientras estudiaba de forma curiosa lo que el anciano le había ofrecido—. Son… ¿semillas?

—Así es. Pero no son unas semillas cualquiera, son unas semillas con propiedades cósmicas. Ten por seguro que cuando germinen, estas semillas te transmitirán la mayor de las virtudes del ser humano por los siglos de los siglos.

El joven no podía disimular la mirada de incredulidad ante las palabras de su maestro. Pero si de algo estaba seguro, era de que un discípulo no era nadie para cuestionar las palabras de aquel anciano.

—Lo único que necesitas para acceder a la sabiduría plena es tierra, agua y abono. Ahora marcha. No quiero volverte a ver hasta que no hayan germinado esas semillas.

El joven aprendiz volvió a rehacer los tres días de caminata hasta llegar a la falda de la montaña, pero lejos de sentirse fatigado, corrió hasta el patio trasero de su humilde morada. Removió la tierra, esparció las semillas que el maestro le había dado y humedeció la siembra con extremo cuidado y respeto.

Con la placentera sensación del deber cumplido, cruzó las piernas y tomó la posición de meditación mientras observaba ilusionado la cima de la montaña donde se encontraba el anciano.

«Cuando estas semillas germinen, estaré aún más cerca de la sabiduría absoluta».

Pero la cosa no iba a ser tarea fácil y los días se sucedieron, dejando paso a las semanas y éstas, a su vez, a los meses.

Y de aquella siembra no germinaba nada. Ni un triste brote.

Cada mañana, el joven se levantaba con la ingenua esperanza de

encontrar un atisbo verde de vida que pudiera acercarle a su sueño.

Pero nada.

De la misma manera que el tiempo iba pasando, el joven iba experimentando notables cambios anímicos, habiendo ya olvidado la ilusión y la esperanza, pasado por el aburrimiento y sufriendo la frustración y desesperación.

Habían pasado ya siete años desde que el anciano le ofreció esas semillas que, sin duda, no habían servido para otra cosa que para tejer un engaño. Un ardid para darle algún tipo de lección con el paso de los años… Por la cabeza del joven pasaban cientos de pesquisas.

Pero aquello no podía quedar así.

Tenía que subir y volver a hablar con aquel anciano.

Así que, siete años después, volvía a emprender el duro camino que lo llevaba a la cima de la montaña con las manos vacías. Esta vez, fueron cuatro días los necesarios para que el aprendiz, siete años más viejo, pudiera llegar hasta el retiro del maestro.

Para su sorpresa, el anciano seguía sentado de la misma manera que lo hacía tantos años atrás, impasible, como si el tiempo allí arriba fuese a un ritmo distinto al del resto del universo.

El viejo tardó en despertar y reparar en la presencia del aprendiz.

—Dime, ¿qué te pasa? —preguntó el viejo después de volver de ese otro mundo que solo él conocía.

—Maestro, estoy de nuevo aquí incumpliendo sus palabras, ya que he decidido subir antes de que las semillas germinasen. Pero después de haber dedicado siete años de mi vida a su cuidado, no he obtenido resultado alguno.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó el sabio de forma enigmática.

El aprendiz asintió con la cabeza gacha. No había sido capaz de cumplir con las exigencias de su maestro, y eso era un terrible deshonor para su persona.

—Desde aquí puede verse tu casa, ¿verdad? —continuó el anciano—. ¿Por qué no te das la vuelta y la observas?

El joven aprendiz, confuso, se giró en busca de su diminuta casa en la

lejanía y casi cae de espaldas ante el panorama que se le presentaba. Desde allí arriba, podía ver el jardín trasero de su casa, adornado con unas plantas altísimas y frondosas, casi gigantescas.

Aquello no podía estar ocurriendo.

Había dedicado siete años de su vida a la espera de que aquella planta germinase sin conseguir ningún resultado.

—Jovenzuelo, hace ya siete años que te ofrecí una semilla especial. Esta semill, era la semilla del bambú. Una semilla que hoy, siete años después, te va a dar una lección. —El viejo hizo una pausa para deleitarse con la cara de asombro de su aprendiz—. El bambú crece durante sus primeros siete años hacia abajo, asentando unas raíces fuertes y poderosas que puedan, en un futuro, soportar el crecimiento casi desmesurado de la planta. No te sorprendas tanto, joven, que es gracias a este sustento por lo que años después puede crecer más de un metro de altura en menos de un día.

El discípulo no podía dejar de observar su casa en la lejanía mientras le resbalaban las lágrimas por las mejillas. El anciano seguía hablando de fondo:

—Amigo, tu impaciencia no te ha dejado disfrutar del crecimiento, de la verdadera belleza de esta planta, no permitas que lo siga haciendo con el resto de las cosas.

Estudié al viejo con intensidad policial. Sus ojos me apuntaban como si estuviesen observando el vacío, o peor, como si estuviesen rebuscando dentro de mis pensamientos.

Para mi sorpresa, había dejado de sonreír.

—Son las cuatro y media de la madrugada —conseguí decir casi sin saliva—, llevo más de tres horas aquí con usted cuando debería de estar acostado. No voy a esperar siete años como el protagonista de la historia para saber qué está ocurriendo esta noche en el salón de mi casa.

—Marcos, no te pido siete años, solo te estoy pidiendo esta noche. Una sola noche para hacer un balance de toda tu vida. ¿No crees que es una buena oferta?

El viejo seguía sin mostrar esa sonrisa que le había acompañado

toda la noche. Continuó hablando:

—No vamos a seguir ahondando y recordando asuntos que te incomoden, vamos a dejar por un momento de lado a Noah y a La Pluma Ediciones. Tu vida no solo ha sido eso, Marcos, han sido tus padres, tus amigos, tus días soleados y tus noches de lluvia, tus alegrías y tus sueños…Tu vida la componen muchas otras cosas que te han ido ocurriendo mientras estabas atento a otras que estaban por venir. Constantemente nos paramos a imaginar cómo sería nuestra vida el día que terminemos de pagar la hipoteca, el día que nuestro hijo se vaya de casa o esperamos deseosos que se acerque el verano para coger las vacaciones y cobrar la paga extra. ¿Pero cuántas veces nos paramos a disfrutar del día que estamos viviendo? Éste. El de ahora. Marcos, no agaches la cabeza, la mayoría de las personas de este planeta se comportan de esta misma manera. No hay peor forma de tirar una vida que la de ver pasar los días como si fuesen algo insignificante. ¿No te has parado a pensar que hay días de tu vida de los que ni siquiera guardas algún recuerdo? Ahora te pregunto: ¿hay algo más triste que eso?

Las palabras de aquel viejo me llegaban a lo más hondo del alma. Me veía totalmente reflejado en todo lo que estaba explicando, además, el cambio de semblante hacía que sus palabras sonasen más profundas, más hirientes. Había dicho que dejásemos de lado temas sobre los que ya habíamos hablado, pero yo no podía evitar que pasaran por mi cabeza todos los días que había dejado de disfrutar al lado de Noah.

Ahora me daba cuenta de lo estúpido que había sido.

Había pensado miles de veces en nuestra jubilación, en trabajar duramente para el día de mañana para tener una vida tranquila y serena en un futuro que nunca llegó.

Miraba constantemente al futuro para dejar de lado el presente.

—Piensa en la vida como en tu primer viaje de avión. Estás tan preocupado por llegar al destino sano y salvo que solo deseas llegar al final de la travesía. Estas tan ocupado en estos pensamientos durante todo el trayecto, que no eres capaz de asomarte a la ventanilla y disfrutar de las vistas, del paisaje que te ofrece el viaje. Disfruta del paisaje, Marcos, disfruta de los árboles, del mar, de los pájaros, de un café, de una charla con tu mujer, de un abrazo, de la mano de un amigo, de un baño en la playa… disfruta de todo eso, Marcos, porque es lo que te queda cuando llegas al final de ese viaje.

Yo no podía hacer otra cosa que negar en silencio y esbozar una triste sonrisa. Recuerdo que tuve que hacer esfuerzos por contener el nudo que se me había formado en la garganta. Tenía casi cuarenta y tres años y sobre mí, recaía una enorme sensación de haberlos desaprovechado al completo.

Después de todo, iba a tener que agradecerle muchas cosas a aquel anciano.

Se puso a rebuscar en el maletín de cuero y sacó otro manojo de hojas de papel. Yo alargué la mano esperando recibir una nueva historia de aquel anciano, que cada vez se me antojaba más sabio, más humano. En contra de lo que me esperaba, esta vez no me ofreció las hojas de papel.

Echó a un lado la pistola, el cargador y el vaso vacío de ginebra para apoyar los folios en la mesa. Y del bolsillo de la rebeca (creo que del mismo de donde se sacaba los cigarros) sacó un bolígrafo plateado.

Se puso a escribir.

—¿Qué hace ahora? —pregunté.

El viejo levantó la cabeza de los papeles. Con semblante triste y decaído, pero con la ternura de un padre me contestó:

—Lamentablemente, Marcos, nos estamos acercando al final del viaje. Querías respuestas y estás de enhorabuena: en breve las tendrás. Espero que no te arrepientas de haber deseado tanto este momento.

El viejo hizo esfuerzos por dedicarme una sonrisa, pero lo único que consiguió fue un pequeño amago de rictus amargo en la boca. Ni de lejos se acercaba a la sonrisa divertida y agradable que había mantenido durante toda la madrugada.

Ya no sonreía.

Ya no disfrutaba de lo que estaba haciendo.

Entonces supe que algo no debía de ir bien.

8
EL SALTO

El Salto

El bolígrafo de plata se deslizaba de forma rápida y enérgica sobre el papel sin que el viejo levantara la mirada del taco de folios. Parecía concentrado, aunque daba la sensación, por la velocidad de la escritura, de que lo que estuviese escribiendo se lo sabía de memoria. Como si lo hubiese escrito miles de veces antes.

—¿Es otro cuento lo que está escribiendo?

—Algo parecido —contestó el viejo sin levantar la cabeza.

—Hay muchas cosas que no comprendo aún de todo esto, pero ahora, al verlo escribir… Usted dice que está aquí para que lea los textos que en algún momento envió a mi editorial y pasé por alto, de lo cual, estoy más que arrepentido —dije más o menos de forma sincera—. Pero no logro comprender por qué está escribiendo en estos momentos. ¿Acaso este texto es nuevo? ¿No me lo ha enviado nunca?

—Así es. Esta última historia no te la he enseñado nunca. Hasta hoy.

El viejo paró de escribir y volvió a sonreír. Lo hacía apenas con una insinuación en la comisura de los labios y un brillo triste y cansino en la mirada.

—¿Y qué sentido tiene todo esto? No puede reprocharme que nunca haya leído este texto.

—Marcos, no puedo creerme que aún no hayas comprendido nada sobre lo que hemos hablado esta noche. A veces pienso que estoy frente a un imbécil. Si hago que te leas mis historias no es para reprocharte nada. No estoy aquí para culparte por haber enviado todas mis obras a la papelera. Desde un comienzo te estoy obligando a leerlas, pero porque llegado a este punto, era la única opción que tenía para que me prestaras atención y me leyeras con interés. Nunca te he mandado este texto por la sencilla razón de que es esta noche cuando lo estoy escribiendo para ti.

—¿Y lo escribes ahora, delante de mi cara?

—Sí. De la misma manera que hemos visto con el cuento anterior, todo llega a su momento, a su hora.

—¿Y ahora es el momento de escribir esta historia?

El viejo se limitó a contestarme con un leve movimiento de cabeza. Pulsó el botón superior del bolígrafo y siguió escribiendo.

Un silencio incómodo se adueñó entonces del salón.

Solo el cruel *tic tac* del reloj zumbaba en la sala como el tambor de una galera.

Las cinco de la mañana.

Miré a mi alrededor, sin saber qué hacer ni qué decir. Observé la pistola desarmada en la mesa y el vaso vacío que estaba a su lado. Aún olía a ginebra. Había estado bebiendo bastante antes de irme para la cama, era mi único escape, el único consuelo que había conseguido encontrar en la vida.

Esta vez no tenía nada que preguntar.

—Después de todo —comenté dubitativo—, puede ser que tenga que darle las gracias por lo que está intentado hacer esta noche. Su preocupación para que me lea todas estas historias y abra los ojos… creo me hacía bastante falta.

—¿Crees? —respondió el viejo sin dejar la escritura.

—Vale. Me hacía bastante falta.

—No es necesario que me agradezcas nada, solo cumplo con mi trabajo.

—¿Su trabajo?

—Así es, ya lo comprenderás cuando leas esto que estoy escribiendo.

Asentí sin comprender del todo.

Pero supe que no iba a conseguir nada si seguía preguntando. El viejo continuaba escribiendo a toda pastilla. Recordé la historia del oso y del león y de cómo estar agradecido con lo que nos rodea puede cambiar el punto de vista de algunos asuntos.

Intentaba ver la botella medio llena.

—De todos modos, gracias por haberse tomado la molestia de

venir aquí a darme esos sermones.

—Marcos, por favor —esta vez el viejo sí levantó la cabeza de los papeles para mostrar un rostro abatido, derrotado, cansado—, deja de darme las gracias. Es muy probable que dentro de un rato te arrepientas de haberme conocido.

No comprendía nada en absoluto. Cuando empiezo a comprender parte de las enseñanzas de aquel tipo y a confiar en su buena obra me salta con estas. La alarma del pánico hizo un amago para empezar a sonar como al comienzo de aquella madrugada, pero mi mirada se posó en la pistola desarmada.

¿Qué podría hacer aquel viejo?

¿Por qué tendría que arrepentirme?

—Me da usted a entender entonces que cuando lea eso que está escribiendo voy a arrepentirme de haberle conocido.

—No lo sé, pero es muy probable.

Irremediablemente me incorporé en mi asiento para acercarme al viejo y ver lo que estaba escribiendo. Poco pude entrever entre la caligrafía del anciano.

—Paciencia, Marcos, paciencia; recuerda el último cuento. Antes de que amanezca tendrás todas tus respuestas y quedarás tranquilo para el resto de tus días. Pero ahora no es el momento. Ahora es el momento de esta otra historia.

El viejo volvió a enfundar su arma de tinta. Rebuscó en el maletín de cuero y me sacó otro de sus cuentos.

—Lee y déjame un rato tranquilo. No sé cómo quieres que acabe alguna vez de escribir esto con tanta interrupción.

El cerebro se me atragantaba al no encontrar respuesta a nada de lo que estaba ocurriendo. Cada vez estaba más nervioso e impaciente por descubrir en qué iba a desenlazar la visita de aquel desconocido. De momento, enfoqué la mirada en el texto que me había brindado y comencé a leer.

Me di cuenta de que estaba ansioso por seguir leyendo las historias de aquel tipo.

Cualquier detalle insignificante puede dar un giro de ciento ochenta grados a la vida de una persona. En un periódico provincial, un joven becario escribiría un artículo donde se hablaba sobe la energía positiva y el optimismo que transmitía estar en constante movimiento, dinámico y activo. Fermín de la Torre lo leyó casi de casualidad en la cafetería de la esquina de su calle.

«Energía cinética —se decía—, esto es ciencia, no puede fallar».

Allí estaba Fermín, en su trigésimo quinto cumpleaños dando saltitos y moviendo los brazos como aspas de molino frente al espejo del cuarto de baño.

La decisión estaba tomada.

Cierto es que Fermín no era el único entre sus conocidos que aún permanecía en la soltería a sus treinta y cinco años. Sin embargo, sí que era el único en conservar la virginidad y la castidad absoluta. Ni que decir tiene, que si no se había estrenado era por razones que se escapaban completamente a su voluntad.

«Que se te va a pasar el arroz» —le decían entre risas.

«Fermín, que los tienes que tener como bolas de billar»—se burlaban.

Pero eso se iba a acabar.

Y esperaba que fuese más temprano que tarde.

Fermín había llevado toda una vida recta, con unos ideales cimentados en una base indestructible de personalidad recia y respetuosa, que quedaba reflejada fielmente en el fino bigote que le resbalaba por la comisura de los labios. Solía presentarse de cara al público con trajes pasados de moda hacía unos veinte años, unos zapatos de charol brillantes como centellas y un monóculo, que según las malas lenguas, no se quitaba ni para ir al baño. De esta guisa paseaba por la calle con paso altanero y cabeza erguida a la espera de que se le cruzase alguna damisela a la que poder cortejar, reservando las sonrisas solo a familiares y amigos más cercanos.

Un hombre peculiar, chapado a la antigua… a la muy antigua, que llevaba treinta y cinco años con una táctica a la hora de ligar que había quedado ya descatalogada para su tatarabuelo.

Ahora, el día de su cumpleaños, se miraba al espejo con la cuchilla de afeitar en la mano mientras se quitaba los últimos pelillos del bigote que le quedaban; intentó sonreírle al espejo, pero solo consiguió una extraña mueca que hubiera hecho salir corriendo a la primera moza que se le cruzase.

«Tengo que ejercitar un poco más los músculos de la cara, están desentrenados» —pensó Fermín.

Pero la intención es lo que cuenta, o eso dicen, y Fermín de la Torre estaba dispuesto al cambio, a no rendirse frente a la evidencia del fracaso de esos últimos treinta y cinco años.

Marcó el teléfono del doctor Amor y no dudó en contratar uno de esos cursos intensivos que no se paraban de anunciar en televisión. En tan solo dos semanas, el doctor prometía sacar lo mejor de cada uno en el mundo de la seducción y desarrollar las mejores habilidades para la conquista en todo lo relacionado con el arte del ligoteo.

Y vive Dios para ver que así fue.

Quince días después de entrar por las puertas de la consulta del doctor Amor, Fermín había cambiado los calzoncillos de patilla a rayas por unos bóxer de marca, los pantalones de funcionario acabado por unos vaqueros de los caros, la grasa por la gomina y el preciado monóculo por unas lentillas que lo hacían diez años más joven.

Por primera vez en su vida, Fermín rezumaba elegancia.

Estaba preparado para la caza.

—Toma esto, Fermín —le había dicho el doctor Amor antes de terminar el curso intensivo—. Tengo por costumbre regalar una de estas agendas telefónicas a todos mis alum-nos. Estoy seguro de que a partir de ahora, y en menos de lo que te esperas, podrás llenarla entera con números de mujeres a las que consigas conquistar.

Fermín sonrió al ver la cara grabada del doctor en la portada de la agenda.

Tenía mucho que agradecer a aquel hombre.

De esta manera abandonaba Fermín la consulta de este doctor de dudosa carrera, animado ante el reto que se le presentaba en esos momentos: la de conseguir el número de teléfono de alguna mujer con la que poder tomar un café.

Se conformaba solo con eso.

En la ciudad, el pub La buhardilla era el más comentado y aclamado por los jóvenes del lugar. Nunca antes había estado allí, ni se le habría pasado por la cabeza poner un pie en aquel garito de no haber conocido al gran doctor Amor. Pero el ambiente era el adecuado para dar sus primeros pasos en la búsqueda de alguna pareja si no quería morirse solo.

El doctor le había enseñado a actuar con naturalidad, como si fuese asiduo al lugar.

Siguiendo las reglas aprendidas en los últimos días, pidió un par de copas hasta que por las puertas de La buhardilla entró la que le pareció ser la mujer que había estado esperando durante los últimos treinta y cinco años.

Una mujer de bandera y sin acompañante, que semanas antes habría estado a años luz de su alcance. Sin embargo, aquella noche, Fermín tenía que sentirse capaz de conquistar a cualquier mujer.

Era el primer paso.

«Soy capaz».

«Soy capaz».

Nuestro protagonista cerró los ojos e intentó repasar todos los conceptos aprendidos en el curso. Tener autoconfianza. Uno de los principales requisitos a la hora del cortejo… era muy fácil hablar de ella en el aula, pero ahora, le hacía falta de verdad. Suspiró antes de levantarse de su silla y se sentó junto a la mujer despampanante que tanto tembleque le estaba causando.

Para sorpresa de Fermín, la mujer, después de beber la copa a la que le había invitado, no salió corriendo como era costumbre. Ella se quedó sentada hablando con él. Fermín perdía los nervios paulatinamente a medida que la conversación entre ambos se iba animando. La mujer parecía mostrar timidez de vez en cuando, y una risita nerviosa le acompañó en toda la conversación.

A Fermín le encantaba esa mujer.

Ese momento, el de hablar con otra persona del sexo opuesto sin sentirse abochornado, era el que había estado esperando durante toda su vida. En su interior agradecía con todas sus fuerzas haber conocido al doctor Amor.

Recordó una cosa.

Fermín se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón en busca de la agenda que el doctor le había regalado. Había llegado el momento de pedirle el número de teléfono a aquella señorita.

—Bueno, yo estoy un poco anticuado —bromeó Fermín— y aún ando con agendas telefónicas. Ya va siendo hora de que uno de estos días me compre un teléfono móvil.

La mujer reía mientras rebuscaba algo en el bolso.

—No te preocupes, Fermín, estamos en las mismas. Creo que ambos andamos un poco alejados de la sociedad, porque yo tampoco tengo teléfono móvil hasta el momento, pero no pasa nada. Dame también tu teléfono, puede que en estos días te llame para tomarnos un café.

La mujer sacó otra agenda telefónica de su bolso.

El pulso de Fermín debía de andar por los cielos, pero en un microsegundo se le pusieron los ojos como platos y se le cayó el alma al suelo.

En la agenda que la mujer había sacado estaba la cara del doctor Amor grabada en la portada.

Fermín entonces tuvo la sensación de que no necesitaba llenar esa agenda telefónica de números de otras mujeres.

Con éste le era suficiente.

Tenía interés por aprender, pero no conseguía entender. No podía comprender a qué venía ahora este cuento.

El viejo tuvo que leer en mi cara la decepción.

—Marcos —me dijo el viejo que había dejado de escribir por un momento—. ¿Qué hubiera pasado si Fermín, el protagonista de esta historia, no hubiese decidido hacer un cambio radical en su vida?

—Pues… que no habría conocido a esa mujer.

—Así es. Probablemente, hubiese pasado el resto de su vida solo y

amargado.

El tono con el que dijo las palabras «solo y amargado» no me gustó.

—Vale, pero, de verdad que no entiendo a qué viene esto ahora.

El viejo tiró el bolígrafo sobre los papeles, introdujo su mano en el bolsillo interior de la rebeca y sacó otro de esos cigarros que tanto me desagradaban.

Lo encendió.

Su rostro seguía transmitiendo una preocupación a la que todavía no encontraba explicación.

—El cambio acabó con tu empresa, Marcos.

—¿El cambio? ¿Qué cambio? —pregunté aturdido.

—El cambio, Marquitos, el progreso, lo innovador.

—No lo entiendo.

El viejo me lanzó una mirada de cansancio, una mirada que hablaba por ella misma y que me preguntaba «¿Tengo que explicártelo todo, Marcos?». El viejo se acomodó en el sofá, apoyó la espalda completa en el respaldo tapizado y comenzó a fumar del cigarro.

Silencio.

¿El cambio? ¿Lo innovador acabó con mi empresa? Mi cabeza entonces se puso a funcionar como una máquina locomotora hasta que mi mirada perdida se encontró de bruces con los papeles que había en la mesita. El papel… eso podía ser la razón de aquella historia. Pluma Ediciones siempre estuvo en la cima de las editoriales de la última década, y sería faltar a la verdad decir que no ofrecía pingües beneficios. Hasta que las ventas de libros en papel empezaron a caer en picado de forma descontrolada. Nunca quise aceptar esta falta de ventas y de ingresos, quizás por miedo, o quizás, por vergüenza a decir que la editorial no funcionaba.

El nuevo formato electrónico me estaba matando.

Y no hice nada por remediarlo.

—Nunca quise darme cuenta de que mi empresa necesitaba un

cambio, apostar por aquello que se estaba imponiendo en el mercado.

Lejos de mostrar esa sonrisa que siempre disfrutaba después de ver cómo me daba cuenta de mis errores como si fuese un niño pequeño, el viejo le dio una calada al cigarro y expulsó el humo por la nariz.

Me contestó:

—El ser humano, por naturaleza, teme lo desconocido y desconfía de todo aquello a lo que no esté acostumbrado a ver. Por ello os pasáis toda una vida encajados en unos cánones, de los que no os atrevéis a salir. ¡No puedes imaginar cuántas cosas os perdéis de la vida por culpa de esta tontería! —suspiró —. Marcos, en la vida hay que asumir riesgos y lanzarse al vacío. Ten por seguro, que si andas en el camino difícil progresas hacia el lugar correcto. Está claro que es complicado en determinados momentos de la vida hacer un cambio y salir de esa zona de confort que nos rodea. Para el protagonista de este cuento le era mucho más cómodo seguir siendo como era, raro, huraño, a la antigua. Seguramente pasó por muchas situaciones incómodas y llenas de inseguridad… pero al fin y al cabo, si estamos seguros de nuestros objetivos, tarde o temprano tendremos nuestra recompensa.

Asentí levemente con la cabeza.

—Piensa por un momento en una cría de pájaro que nunca se atreve a saltar del nido por miedo. Tener la oportunidad de volar y no hacerlo. Triste asunto, ¿no crees?

—¡Maldita sea! El *ebook* acabó conmigo.

—No, Marcos, tu miedo a probar algo nuevo fue lo que acabó contigo.

—Mi terror al cambio dejó a decenas de familias sin trabajo.

—Incluida la tuya.

Empecé a notar cómo el pulso me martilleaba las sienes. Me tuve que poner rojo del cabreo.

—¿Por qué no ha venido antes? Estaba viendo que mi vida se iba al traste, que decenas de familias dependían de mí y que la mía propia se estaba ahogando en ginebra. ¿Por qué ha esperado a que todo esto ocurriese? Usted sabía que le necesitaba. Me hacía falta que alguien me hiciera ver todo lo que estaba ocurriendo fuera de esa venda que

tenía en los ojos —miré el vaso amarillento de alcohol. Me di asco a mí mismo—. ¿Por qué? ¿Por qué ha dejado que todo esto ocurriese?

—Te recuerdo que me he llevado más de dos años enviándote estos cuentos.

—¡No me venga con esas ahora! Me ha demostrado varias veces esta noche que me conoce como si hubiese estado toda la vida a mi lado. Sabía perfectamente que no iba a tenerlos en cuenta, que eso no era suficiente para que tomase consciencia de todo lo que estaba pasando.

El viejo calló. Dio un par de caladas y vi que su rostro se hundía en la tristeza, parecía como si le costase soltar las palabras que me tenía que decir. Pero las dijo:

—Tenía que darte una oportunidad. El momento era éste, Marcos. No otro.

—Pues no lo entiendo. Así no me aclara nada.

El viejo mantuvo el cigarro pegado entre los labios. Cogió el bolígrafo y se dispuso a seguir escribiendo.

—Aquí lo aclaro todo, querido Marquitos.

9
AHORA O NUNCA

Ahora o Nunca

Cuando tomé conciencia, descubrí que llevaba largo rato moviendo la pierna derecha y tamborileando con los dedos de la mano sobre la mesita del salón. La impaciencia ganaba terreno. Aquel hombre seguía escribiendo, y lo hacía de una manera calmada y parsimoniosa. Yo no me tenía de los nervios.

—¿Cuánto va a tardar en terminar lo que esté escribiendo? —pregunté sin poder soportar un segundo más de eterno sin saber.

El viejo continuó con su tarea. Parecía como si todo su alrededor careciese de sentido y toda su atención se centrase ahora en ese trozo de papel. No quise seguir insistiendo.

Era trabajo en balde.

Cuando hubieron pasado unos minutos que a mí se me antojaron eternos, el viejo decidió levantar la cabeza.

—Tranquilízate, Marcos, estará terminado cuando lo tenga que estar, ya te lo he dicho antes. No intentes adelantar los acontecimientos cuando todo tiene su lugar y su momento. Relájate, disfruta de estos instantes porque estoy seguro de que no se volverán a repetir en tu vida.

—¿Qué me relaje? —contesté de forma que en el mismo momento me pareció fuera de tono—. ¿Cómo cojones quiere que disfrute de este momento? Quiero sacar algo positivo de todo este teatrillo que me está montando. De hecho ya he intentado agradecerle que se tome las molestias por su preocupación hacía mi persona. Pero deberá usted reconocer que desde que ha entrado en mi casa no ha hecho otra cosa que dejarme en ascuas con tanto misterio. Hable claro, ¿por qué después de cuatro horas de charla, y solo cuando comienzo a comprender sus intenciones, me fastidia anunciándome que después de leer este último cuento voy a arrepentirme de haberle conocido? Como comprenderá, no me tengo en mi asiento.

El viejo volvió a regalarme otra de sus sonrisas mientras dejaba de lado la escritura por unos segundos. Quedé a la espera de alguna respuesta por su parte o algo que diera descanso a las preguntas que me atormentaban.

Pero el viejo únicamente se limitó a sonreírme.

A sonreírme y guardar silencio.

De nuevo mi nerviosismo se vio frenado de manera inexplicable al sentir sus ojos posarse sobre los míos. Las pulsaciones se controlaron y me inundó una tranquilidad y seguridad que solo podía sentir cada vez que el viejo me miraba de aquella forma. De un rincón de la mente, olvidada por el paso de los años, rescaté una sensación parecida a la que puede tener un recién nacido que llora y patalea hasta que ve a su padre aparecer y le dice «tranquilo, que ya estoy aquí, no tienes nada por lo que preocuparte». Precisamente, era la sensación que conseguía transmitirme aquel viejo con el encantamiento de su mirada. Experiencia, sabiduría, tranquilidad… Pero todo ello estaba acompañado de un misticismo que no terminaba de convencerme. Aquel viejo tenía un as guardado en la manga que no se decidía a mostrar. Podría haberme llevado toda una eternidad rebuscando en la infinidad de su mirada.

Pero el viejo hizo un gesto con la cabeza y cortó aquella conexión.

—Me parece, querido Marcos, que estamos llegando al final de este viaje —repitió el anciano mientras rebuscaba en el maletín de cuero—. Este es el último cuento que traía preparado para ti.

El viejo me mostró el último puñado de folios y me los entregó.

—¿El último cuento? Entonces, eso que está usted escribiendo…

—Ya lo verás, Marcos, no puedo adelantarte nada hasta que leas este primero.

Cuando agarré los folios, noté que el corazón me latía en el pecho de forma violenta. Las palabras del viejo no paraban de repetirse en mi cabeza.

«Estamos llegando al final del viaje».

«Estamos llegando al final del viaje».

Intenté articular palabra para volverle a preguntar al viejo de qué se trataba todo aquello. Fui incapaz. Las instrucciones eran claras, y hasta el momento habían sido inamovibles. Tendría que terminar de leer sus historias para comprender todas las respuestas que tanto ansiaba.

Agaché la cabeza, respiré hondo, e hice todos los esfuerzos que me quedaban para concentrarme y leer el último cuento de aquella noche tan larga.

Entre restos de vómitos y orines, Jonathan se aguantaba lamentablemente la frente con sus sudorosas manos como buenamente podía. Sentía que el estómago se le retorcía como si se le fuese a dar la vuelta como un calcetín. Con los ojos hinchados y sofocados, levantó la cabeza del váter y se quedó unos segundos aturdido, con la vista perdida en el número de teléfono de una tal «Shu Morenita» que estaba pintarrajeado en uno de los azulejos de aquel putrefacto aseo.

Otra arcada.

¿Cómo podía seguir vomitando?

Llevaba ya varios minutos allí metido y no recordaba haber bebido tantos cubatas como para expulsar líquido de aquella manera.

Después de largar por enésima vez, tosió violentamente y tiró de la cadena.

La cabeza le iba a estallar.

Apoyó la frente, exhausto, sobre la palma de sus manos mientras observaba el agua de la cadena correr por la taza del retrete.

Entre mocos y sudores, hizo terribles esfuerzos por recordar todo lo que se había metido aquella noche por el gaznate. Era evidente que la humillante situación en la que se encontraba tenía una explicación totalmente lógica y científica: porros, cocaína, mucho alcohol y un puñado de setas con mal color que ni siquiera sabía de dónde habían aparecido.

Jonathan dejó pasar algunos segundos de recuperación entre respiraciones profundas. El mundo que le rodeaba, el pequeño aseo en el que se encontraba seguía dando vueltas a su alrededor, pero de alguna manera, fijar la mirada en el agua limpia y clara del váter lo centraba.

Cuando Jony empezaba a sentir que su cuerpo volvía a pertenecerle, ocurrió algo que le dejó frío como un tempano.

Algo en el ojo del inodoro se había movido.

Una sombra oscura, como un bulto deforme parecía hacer esfuerzos

titánicos por salir de aquel váter desde las profundidades de las cañerías.

«He comido demasiadas setas alucinógenas esta noche, ya veo hasta los mojones moverse». Pensó Jonathan, que a su vez notaba cómo el mareo y las náuseas se aliviaban ante el susto que aquella masa deforme le había dado. Sus sentidos se agudizaron e instintivamente retrocedió todo lo que el reducido espacio del aseo le permitía.

¿Qué demonios era aquello que estaba intentando salir del váter? ¿Se habría colado por las tuberías alguna rata? ¿Realmente habría algo ahí dentro o todo sería producto de la cogorza que llevaba?

Antes de que le diese tiempo de salir al galope de aquel cuarto de baño, un duende, pequeño y trajeado, salió de un salto de la tapa del váter.

—Tengo que plantearme buscar otro trabajo menos vejatorio que éste —dijo el enano con voz aguda mientras se sentaba en la tapadera del váter dejando al cuelgue sus diminutas piernecitas chorreantes.

Jony abrió los brazos, casi tanto como los ojos, y se agarró con las palmas de las manos en los mugrientos azulejos del diminuto aseo.

—Quita esa cara de atontado —gruñó el duendecillo mientras se quitaba los zapatos y escurría los calcetines—. Para mí tampoco es agradable encontrarme con un beodo a las tantas de la madrugada. Bueno —continuó el duende al ver que el joven que tenía delante era incapaz de articular palabra—, sabrás que has triunfado al tenerme aquí delante, ¿no?

—Co… ¿Cómo? —consiguió escupir Jonathan que se debatía entre salir corriendo o pegar un grito a modo de auxilio.

—Ya, ya veo que no tienes ni idea de quién soy.

El duende se calzó de nuevo con toda la parsimonia del mundo y se puso de pie en la taza del urinario con suma habilidad, demostrando que no era la primera vez que se movía por tan insoluble escenario.

—Este es un retrete mágico. Y como digo, puedes considerarte un tipo con suerte, ya que solo hay dos como este en todo el planeta. Uno se encuentra en unos de los aseos de la primera planta del Louvre y el otro, está aquí, en una discoteca de mala muerte. No me preguntes por qué están distribuidos de esta manera, ya que no tengo ni la más remota idea. Como verás, yo soy un simple mandado —dijo de malas formas mientras se señalaba la ropa chorreando de agua del inodoro—. En fin, el caso es que

cuando una misma persona tira tres veces seguidas de la cisterna de uno de estos inodoros se activan sus propiedades mágicas. Así que hala, a disfrutarlo.

El duendecillo dio un salto haciendo de nuevo otra impecable muestra de habilidad, subiéndose a la cisterna y haciendo un ademán para que Jonathan mirara en el interior del váter.

Jony, que cada vez estaba más convencido de que algún día tendría que dejar las drogas, hizo caso a las indicaciones de su alucinación y se acercó con paso cauteloso para mirar dentro de la taza del inodoro.

Lo que vio le volvió a helar la sangre.

Un fajo de billetes había aparecido por arte de birlibirloque en el interior del váter.

Jonathan no dudó ni un segundo en alargar la mano y cogerlo. Los billetes estaban mojados, y no olían del todo bien, pero eso le importaba bien poco a nuestro protagonista.

Allí debería de haber miles de euros.

Una euforia y un calor agradable de nerviosismo y alegría empezaban a recorrerle el cuerpo cuando, de pronto, el fajo desapareció con la misma ligereza con la que había aparecido en sus manos.

Boca abierta y los puños cerrados de rabia. Pero apenas le dio tiempo a recriminarle nada al duende porque en la taza del váter volvió a aparecer otro objeto de forma inesperada.

Un smartphone *de última generación.*

El joven, que producto de la expectación se había olvidado de los síntomas que le achacaban segundos atrás, dedicó una mirada furtiva al pequeño duende y no tardó ni un instante en agarrar el teléfono móvil del inodoro.

Intentó hacer movimientos rápidos y frotarlo contra sus pantalones con la intención de secarlo. Temía que el teléfono pudiese dejar de funcionar al haberse mojado con el agua del urinario. Pero de la misma manera que ocurrió con el fajo de billetes, mientras el inocente Jony hacía esfuerzos por salvar su nueva adquisición, el móvil le desaparecía delante de sus ojos sin previo aviso.

Todo ocurrió muy deprisa, porque justo cuando iba a darle un

puñetazo de impotencia a la pared, en el interior del váter aparecieron las llaves de lo que parecía ser un vehículo. Las recogió sin escrúpulos y observó estupefacto lo que tenía entre sus dedos: las llaves de un Ferrari.

De esta manera, y para no alargarme más en la historia, fueron desfilando ante los ojos de Jonathan todo aquello que más podía anhelar y desear, pero ni una sola de esas cosas duró mucho tiempo entre sus manos.

—Esto siempre ha funcionado así, niñato, el tiempo no puede pararse. Igual que todos estos regalos, aprovecha y disfruta de todo lo que tengas a tu alcance, porque una vez que se acaban ya no vuelven nunca.

El duende se esfumó y nunca más volvería a aparecer.

Jonathan abandonó corriendo el W.C.

No pensaba perder ni un minuto más de su vida en aquel lugar.

Lo primero que hice después de leer las últimas palabras del relato, fue mirar las manecillas del reloj.

Los segundos, los minutos, las horas, los días… los meses y los años se habían sucedido a lo largo de mi vida sin que hubieran recibido un ápice de interés por mi parte. Siempre estaba atento, deseoso a que llegase el futuro. A terminar lo que estuviese haciendo con ansias para conseguir lo que estaba previsto para dos años vista. ¿Cuántos años de mi vida había pasado trabajando a marchas forzadas para terminar de pagar la hipoteca un poco antes? ¿Cuántos lunes habían pasado por mi vida ensombrecidos por el irrefrenable deseo de que llegase el viernes?

Así había pasado la mayor parte de mi vida: esperando un futuro ideal que nunca llegaría.

En mi salón no había ninguno, pero pude imaginarme perfectamente mi rostro reflejado en un espejo. Casi cuarenta y tres años con todos sus achaques, con sus canas, sus arrugas, sus patas de gallo. Con una enorme sensación de haber dejado pasar los años sin haberlos apreciado en cada momento.

Aquel viejo había llegado hasta mi casa para salvarme la vida.

—Ahora parece que todo va tomando sentido: el optimismo, el amor, la preocupación por el tiempo. Todo ello me lleva al comienzo

de todo, a conocerme mejor a mí mismo como persona, como ser humano. Ha llegado el momento de que me ponga las pilas, de que espabile y le dé por fin un rumbo a mi existencia. Le juro que no dejaré pasar ni un solo día más de mi vida. Gracias, de verdad. Gracias por abrirme las puertas a la felicidad.

El rostro del viejo tomó un tinte sombrío.

Sin levantar la cabeza de los papeles, como si no quisiera que descubriera su pesadumbre me contestó tajante.

—Me temo que ya es demasiado tarde para todo eso, Marcos — contestó el viejo mientras escribía lo que parecía ser el punto y final de su escrito.

Un punto que me supo a sentencia.

A cerrado.

A final.

10
FINAL

Final

Lancé una mirada fugaz a la ventana del salón. Unos brillos violáceos y anaranjados hacían esfuerzos por atravesar finas cortinas de la ventana. El alba estaba despuntando y tuve unas ganas tremendas de acercarme y respirar el aire de la mañana.

—Hazlo —me invitó el viejo—. No te arrepentirás.

Después de pasar tantas horas allí sentado me levanté y me dirigí hacia la ventana con las piernas entumecidas. Algunas volutas de nubarrones se recortaban en el horizonte que empezaba a tomar tonos dorados y rojizos. Era una mañana preciosa. Me pregunté si todos los días se presentaba un espectáculo tan hermoso.

Respiré profundamente llenando mis pulmones de oxígeno limpio y fresco. A los pocos segundos noté cómo el pulso se me regulaba paulatinamente.

«Quizás ya sea demasiado tarde…»

Las palabras del viejo me habían puesto especialmente nervioso y era la gota que colmaba el vaso de aquella noche. Mi corazón no resistía más y segundos antes me había estado golpeando el pecho como si quisiera terminar con todo aquello de una maldita vez.

«Quizás ya sea demasiado tarde…»

¿Demasiado tarde por qué?

Aún me quedaba mucha vida por delante y estaba completamente dispuesto a cambiar mi modo de ver las cosas. Estaba decidido al cambio, deseoso de disfrutar de más amaneceres como el de aquel día, ansioso por empezar a vivir la vida.

Cerré los ojos, respiré profundamente y volví al interior del salón. Mi asiento me esperaba. El viejo se estaba encendiendo un cigarrillo pero por alguna razón, esta vez no me molestó.

De camino a la silla, vi que los papeles que conformaban el último texto de aquella noche descansaban sobre la mesa que nos había servido de apoyo durante toda la noche. Los folios, perfectamente cuadrados, y las frases alineadas de forma meticulosa me invitaban a

la lectura.

Estaban escritas para mí.

Una vez me hube sentado, acaricié los papeles como si fuesen la seda más cotizada del universo. Allí estaban escritas todas las respuestas de mis dudas, el fin de toda la incertidumbre que me había acompañado durante toda la noche.

Tenía entre mis manos el desenlace de aquella visita.

El viejo fumaba ya, con rostro apesadumbrado. ¿Era piedad lo que podía entrever en sus ojos? ¡Bah! Solo debían de ser suposiciones mías. El viejo debía de estar cansado ya de estar toda la noche en vela.

Lo que importaba era lo que tenía entre las manos.

No quise esperar más.

Aquello estaba llegando a su final.

Algo que nos hace especial frente al resto de los seres vivos que pueblan este planeta, es que nosotros siempre estamos quejosos con la vida que nos ha tocado llevar. Tu caso no es especial, Marcos, ni mucho menos. Con el noventa y nueve por ciento de las personas con las que me cruzo ocurre lo mismo. Siempre se puede estar mejor, nunca apreciamos lo que tenemos. Aunque a lo largo de toda la noche yo haya intentado dar la impresión de lo contrario, mi historia no es mejor que la de cualquier ser mortal.

Marquitos, llega la hora que de que abras un poco la mente si quieres comprender algunos conceptos de los que te voy a ir hablando.

Esta es mi historia:

Desde el día de mi nacimiento yo ya tenía un destino asignado de por vida. Por más que lo quisiera no podría renunciar a él, y, mucho menos, dejar de cumplir con los deberes que se me habían impuesto. Aquí, Marcos, ya puedes empezar a ver la primera diferencia que me aleja del resto de los mortales: la libertad. Os pasáis media vida descontentos y preocupados por cosas banales y hacéis lo imposible por no daros cuenta de que tenéis la mayor de las virtudes de fábrica: plena libertad para elegir el camino que queréis tomar.

Yo carecía de esa posibilidad. Desde antes incluso de nacer, mi vida ya estaba totalmente encauzada, encaminada a un fin que yo no había elegido. Aun así, y viendo que de nada servía ir lamentándose por las esquinas, tomé la decisión de aceptar. De acatar el destino y hacer mi trabajo de la mejor manera posible.

Sin embargo, con el transcurso de los años y de la experiencia, descubrí que realizar mi oficio de manera justa y honesta era tarea imposible. Las listas que me llegaban de lo más alto estaban repletas de nombres de personas que no se merecían mi visita, de personas que ni siquiera habían tenido oportunidad de redimirse ni tomar consciencia. Recuerdo que intenté hacer de tripas corazón durante algún tiempo y seguir con la misión que se me había impuesto.

Sufría todos y cada uno de los días que desempeñaba mi cometido.

Solo había una manera para acabar con ese sufrimiento, o al menos, de hacer un poco más llevadero mi trabajo.

Perder la visión.

Así es.

Como habrás podido comprobar, de lo único que puedo sentirme agradecido (por decirlo de alguna manera) es de tener cierto poder sobre algunos asuntos. La decisión estaba tomada y no fue ningún problema para mí ver este deseo hecho realidad.

Hace eones que mis ojos dejaron de ver nada más que la oscuridad absoluta.

Y no me arrepiento de ello. La vista no era más que un obstáculo para desempeñar mi función de psicopompo… después de todo, la negrura me consuela cada vez que me toca actuar de forma injusta.

Es mi castigo.

El castigo a mi condena.

Después de todo, los sacrificios duelen cuando se tiene algo que perder con ellos, y yo tenía la ventaja de que no ostentaba nada de valor que perder. Aquí, donde me ves, hace muchos años que dejé de vivir (de hecho, ni siquiera sé si algún día llegué a hacerlo), nunca he tenido hogar, ni familia… ni siquiera un nombre con el que presentarme al resto de los mortales. Sin embargo, las personas de todos los lugares y de todos los tiempos siempre han intentado imponerme algunos nombres que no creo

merecer.

Azrael, Azra, Ikú, Orcus, Shinigami, Yetzerhara, Adriel, Yehudiam, Abaddon, Samiel, Anubis, Hades, Tánatos…

Supongo que ya sabrás por dónde van los tiros.

Os hacen falta mil dioses, mil ángeles, mil nombres para describir una misma cosa, una misma realidad de la que siempre intentáis huir.

No soy un dios ni mucho menos, ya me ves, soy un simple emisario que lucha por que el universo siga su curso. Un psicopompo, una entidad que existe por la única razón de guiar las almas, de mostrarles el camino hasta la siguiente fase.

El único consuelo a mi tormento es la de llegar a realizar lo mejor posible mi oficio. La satisfacción del trabajo bien realizado: Hacer que los elegidos por la providencia tomen consciencia de sus vidas y del siguiente paso que van a tomar.

Marcos, no lo sabes porque hace mucho tiempo que tú también dejaste de preocuparte por tu salud, pero ahora puedo comunicarte que llevas varios meses con problemas arteriales y de corazón. El estrés acumulado de los años pasados y el tiempo que llevas víctima del falso consuelo del alcohol, ha provocado que esta noche aumentase tu presión arterial mientras dormías.

Un infarto de miocardio.

Solo, en tu cama.

Ni siquiera te has enterado, Marquitos.

Para eso he venido aquí esta noche. Para hacértelo saber y que vengas conmigo. Te queda mucho camino por recorrer.

No me hizo falta levantar la cabeza para saber que el viejo me observaba fijamente desde hacía largo rato.

Una sensación nunca antes conocida me embargaba. Una sabiduría repentina, como una fría aguja que me taladraba el pecho y me llegaba hasta el alma directamente. Todas las respuestas que me

habían estado atormentando durante toda la noche… durante toda la vida se abalanzaban ahora sobre mí. Era como si por fin encontrase un sentido vital que, por haberme faltado, me hacía funcionar de forma incorrecta; como si de pronto alguien hubiese pulsado un botón en mi cerebro y lo hubiese vuelto a encender.

Como si hubiese recobrado la vida.

Notaba como si mi cuerpo fuese perdiendo peso, ganando ligereza, libertad, claridad y amplitud a mi alrededor. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas, y, por primera vez, quise dejarlas partir hasta el infinito. Libres.

Miré por última vez al viejo: ahora sonreía, parecía feliz.

Sus ojos me llamaban.

Me invitaban a sumergirme en las profundidades de un universo que, ahora, no me parecía oscuro en absoluto. Allí dentro había paz, bienestar y un largo sendero por recorrer.

Pero antes de iniciar aquel viaje, quise echar una última mirada a la mesa que tenía delante. Centré mi atención en la pistola y el vaso de ginebra amarillento por el uso.

Hacía mucho tiempo que no sonreía, pero en aquel instante miré al viejo y reí.

Fue entonces cuando supe que aquel viejo había estado presente desde el momento en que aquel vaso se hubo llenado por primera vez.

NOTA DEL AUTOR

Nota del autor

La historia que han acabado de leer se ha llevado guardada en un cajón más de dos años. Sin ver la luz, entre los calzoncillos y los calcetines del que escribe estas líneas. Supongo que habrá lectores que piensen que he acertado al darle rienda suelta a la historia, presentarla a editorial y que se publique para su uso y disfrute. Pero mucho me temo que también habrá algún que otro crítico literario de fular y reloj de bolsillo que opine que bien se podría haber quedado la obra guardada en el cajón, escondida, sin hacer ruido en el panorama literario.

Y es que, después de todo, esto de ponerse a escribir libros no es tan fácil como puede parecer. Los escritores solemos ser personas extrañas y hurañas. Seres con obsesiones y fobias, cuanto menos, inusuales e incomprensibles para el profano. Lo que hoy nos puede parecer un texto perfecto y completo, mañana se nos antoja vacío, llano y baladí. De ahí que esta obra se haya llevado tanto tiempo olvidada, apartada para que nadie la viese. Pero podríamos decir que todo este tiempo que la obra ha estado entre tinieblas, ha reposado, ha estado macerándose como los buenos platos, a la espera de que llegase el día en el que un servidor abriese ese cajón dispuesto a darle la última vuelta de tuerca que necesitaba.

Entre todas las dudas e inseguridades que se me abrazaban en la almohada cuando intentaba dormir, la que más dolores de cabeza me ha otorgado ha sido la concerniente al narrador. Dejando de lado todas las complicaciones técnicas y estructurales que conlleva escribir un libro en primera persona, destaquemos que el protagonista (el que cuenta la historia) muere al final de la historia. Si una persona muere, no puede escribir un libro contando cómo ha muerto. Porque está muerta (para los menos avispados).

Sin embargo, os invito a que observéis vuestro alrededor y comprobéis si el camarero que os sirve el café de las mañanas, el cartero o la limpiadora de la comunidad conser-van aún resquicio de vida... de alguna manera, estamos rodeados de muertos, de muertos en vida, y es la idea que he intentado transmitir con este librejo de tres al cuarto. De ahí que haya escogido un narrador en primera persona para resaltar este hecho (y para complicarme la vida, claro).

Por otro lado, estaba lo de dar lecciones de moral. La posibilidad

de que la gente se pensase que he escrito *Lee o disparo* para mostrar el camino, enseñar la verdad o llevar al lector hasta la luz me removía el estómago. Nada más lejos de la realidad. Para que se hagan una ligera idea, puedo decir que este libro ha sido escrito, corregido y *rerrecorregido* en un escritorio maltrecho de la escuela militar de Infantería de Marina Albacete y Fuster. Donde estuve alejado de mi familia durante mucho tiempo (sí, los escritores también tenemos) pero sin llegar a sentirme solo del todo, gracias a la fiel compañía del sueño, el estrés, el hambre y las miserias que conllevan el oficio.

Y me adelanto, que os veo venir.

Con esto no intento transmitir lástima a mis lectores ni que se vean obligados a sentir compasión extrema hacía mi persona. Que no. Que es mi trabajo y lo cobro a final de mes. Lo que intento resaltar son las condiciones y el ambiente que rodeaban la creación de esta obra.

Lee o disparo no ha sido una tarea fácil. Ni creo que ningún otro libro que se haya escrito alguna vez lo haya sido. Pero creo que de esta manera entenderán cómo a la temprana edad de veinticuatro años (fue cuando escribí *Lee o disparo*) ya tenía una ligera idea de lo que es estar lejos de la familia, echar de menos a personas a las que no se le dedica el tiempo que se merecen o experimentar la pegajosa sensación de haber dejado escapar el tiempo cuando podría haberlo disfrutado.

Estos conceptos, y algunos otros, son de los que he intentado hablar en esta historia, como digo, sin ánimo de parecer pedante o portador de la verdad absoluta. Yo no quiero enseñar nada. No soy profesor, maestro Shaoling ni *coaching* de esos que están tan de moda. Pero esto de escribir un libro no consiste en contar una historia, una anécdota sin más. Todo este entramado de largos meses de trabajo deriva de la idea de transmitir un mensaje que valga la pena (o al menos intentarlo), que incite a la reflexión y que pueda ser beneficioso para activar la masa gris de algún que otro lector adormilado.

Y todo esto, como habrán podido observar, lo intento hacer sin dejar de lado mi irrefrenable adicción a los finales inesperados o, al menos, poco previsibles. Y puedo llegar a entender que a algunos de los lectores pueda parecerle el final de Marcos demasiado brusco, tajante, despiadado. De hecho, hubo un momento en el que pensé que me había cerrado las puertas del mundo editorial a la hora de matar al protagonista al final de la obra. Pero era eso, o terminar con una escena en la que Marcos y el viejo se fundiesen en un beso de tornillo

(aunque estoy seguro de que más de un agente comercial hubiese preferido esta segunda opción).

El caso es que, en todo este mar de dudas y de posibles caminos para desarrollar la trama, me decanté por la novela que tienen ustedes entre las manos. Una historia con un eje central (la historia del editor acabado) amenizado con cuentos y pequeños relatos que hacen de la lectura un poco más variada, fresca y ágil.

Como digo, a pesar de todo esto, fueron muchas las dudas y los miedos con respecto a la publicación de la obra. La incertidumbre ganaba terreno a la hora de presentarla a editorial. Nunca veía el texto redondo, pulido, acabado. Sin embargo, el que me haya leído en alguna ocasión ya me conoce (y el que haya tenido el honor de tomarse alguna que otra cerveza conmigo, también). No soy de esos de rendirme a la ligera ni tirar la toalla a primera de cambio. Un día, como otro cualquiera, me levanté (de la cama, se entiende) y me dispuse a enviar la obra a varias editoriales.

Para mi sorpresa, recibí propuestas y contratos de varias de ellas pero, por decirlo de alguna manera, fueron propo-siciones indecentes. Desgraciadamente, en los tiempos que corren el mundo editorial se ha vuelto una fábrica de hacer dinero, pero no a costa de los lectores, si no de los escritores. Ahora se estila esto de que el escritor, después de haber trabajado duramente en su obra, tenga que pagar para que le publiquen el libro (y después no ver un duro de los beneficios). Un trato desproporcionado, pero que muchos escritores noveles, cegados por la inocencia y la ilusión de ver su obra publicada, aceptan sin pensárselo dos veces. En este caso yo rehusé de firmar un contrato de este tipo.

Meses después de recibir estas tentaciones del diablo, fue cuando la editorial que ha tenido el mal gusto de publicar este libro convocó su segundo certamen anual de novela. Presenté a concurso esta obra. Y al poco tiempo recibí un correo (electrónico) por parte del departamento de lectura. En él me decían que buenas tardes, que qué tal, que mi obra había sido seleccionada por el jurado y que, si lo deseaba, estaban encantados de publicar Lee o disparo.

Y aquí lo ven, dos años después (casi nada) de poner el punto y final a esta historia la veo publicada, para que el público pueda disfrutar de su lectura o bien, pueda castigarse con la torpeza narrativa del autor.

Tanto si hacen una cosa como la otra, no se olviden de que todo

esto va en serio. Que cuando cierren el libro entre sus manos el tic tac del reloj va a correr, si cabe, más rápido. Por un momento olvídenme a mí y a este dichoso librito de los huevos. Olvídense de todo y hagan un esfuerzo por preguntarse si realmente, aún siguen conservando la vida.

Que no solo se trata de respirar, comer y cagar.

Que se trata de vivir.

Daniel Fopiani

24 de enero de 2016

PD: Lo he dicho ya, pero lo reitero para mi tranquilidad. Colocad este libro en la estantería de narrativa, novelas, relatos, cuentos o incluso, si lo preferís, en la sección de libros de zombis. Pero nunca, por favor, nunca lo pongáis junto a los libros de autoayuda. No hay nada que me dé más escalofrío que la sección de libros de autoayuda (ni siquiera el pasillo de los yogures del supermercado).

Gracias, de corazón.

Biografía

Daniel Fopiani Román, militar y escritor nació en Cádiz el 21 de marzo de 1990. Trabajó, cobrando dos duros, como mula de carga y vendedor de pipas a tiempo parcial para el estadio de fútbol Ramón de Carranza. En 2008 terminó sus estudios de bachillerato ingresando de forma inmediata en las Fuerzas Armadas, obteniendo el galón de soldado en el real y glorioso cuerpo de Infantería de Marina. Curioso e incansable, decidió compaginar su deber como militar y los estudios, por lo que comenzó la carrera de magisterio en la Universidad de Puerto Real. Esta ardua tarea, muy a su pesar, tuvo que ser abandonada en segundo curso ya que se vio enfrascado en misiones de paz en el extranjero. Redirigiendo su futuro, en 2012 logra una plaza para la escala de suboficiales de la Armada, siendo actualmente Sargento de Infantería de Marina.

Con múltiples premios literarios en su haber, forma parte de diversas antologías de relatos, colabora como columnista en varios periódicos y es director de la revista literaria “RSC”.

Table of Contents

Prólogo
Prólogo
Despertar
El Viejo
La Máscara
Oreja de Plástico
La Antorcha
El Reflejo
El Viaje
El Salto
Ahora o Nunca
Final
Nota del autor
Biografía